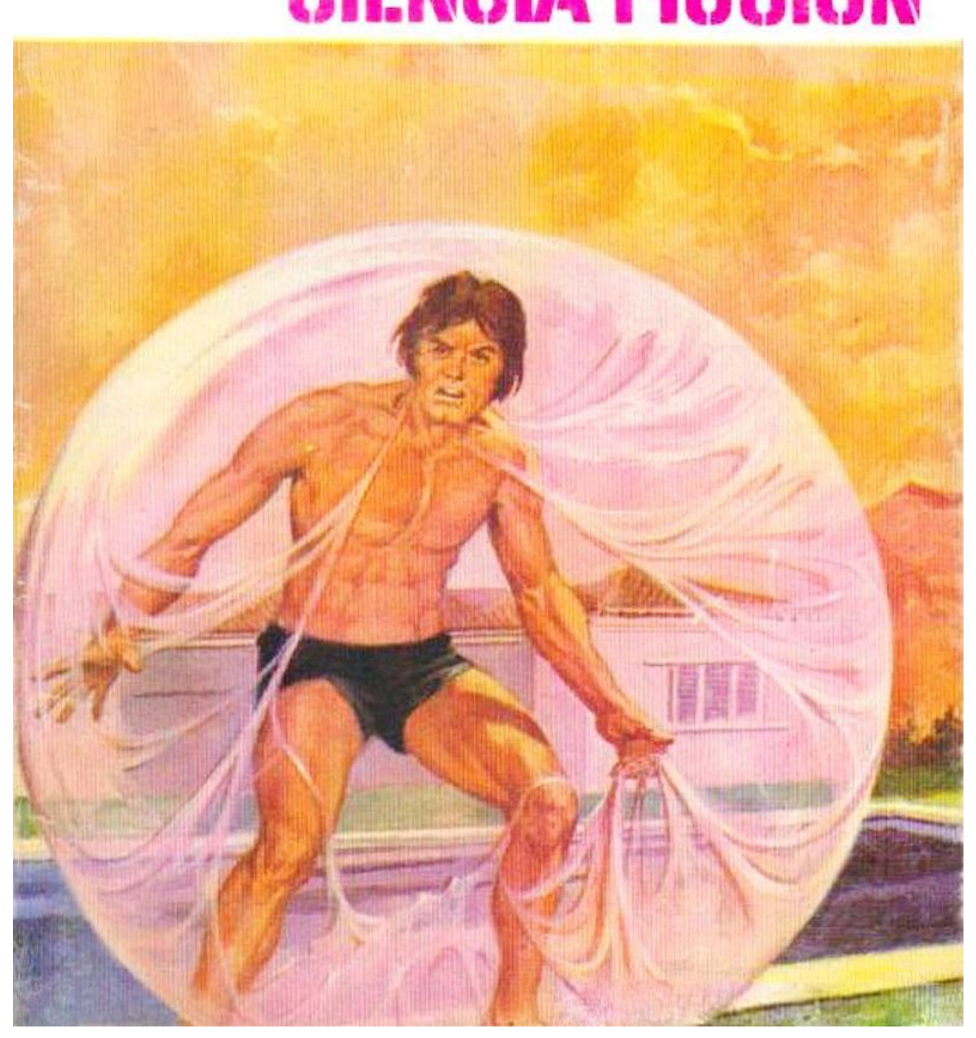
La conquista del ESPACIO

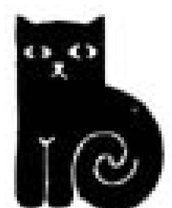
BOLSILIBROS BRUGUERA

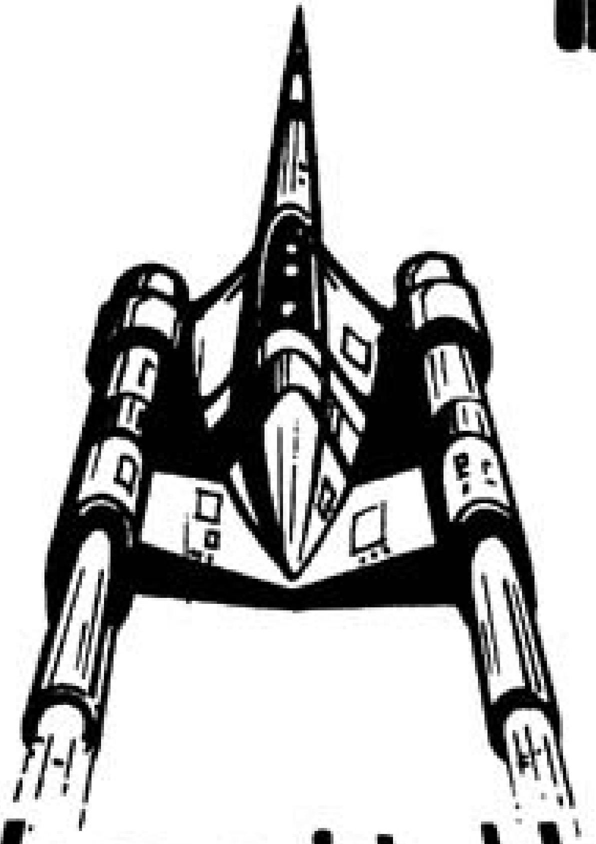
LA INVASION DE LAS BURBUJAS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





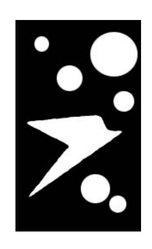


La conquista del ESPACIO

JOSEPH BERNA

LA INVASION DE LAS BURBUJAS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 621
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

616 — Planeta delirante, *Curtis Garland.*
617 — Metralla espacial, *Ralph Barby.*
618 — En los dominios de Creon, *A. Thorkent.*

619 — La espada de oro, *Curtis Garland.*
620 — Procedente del universo, *Lou Carrigan.*

ISBN 84 02 02525-0
Depósito legal: B. 19.075-1982

Impreso en España
Printed in Spain

1.a edición: julio, 1982

1. a edición en América: enero, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o

actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona –
1982

CAPITULO PRIMERO

La Tierra. Año 2038.

El helimóvil de Ingrid Nichols se posó suavemente sobre el verde césped, junto a un afluente del río Flint, muy apropiado para bañarse.

Aquel paraje no sólo era hermoso, sino tranquilo y solitario, pues se hallaba a casi cien kilómetros de Atlanta, la capital de Georgia, que se había convertido en una de las ciudades más grandes e importantes del mundo.

Ingrid Nichols era una muchacha bonita y de cuerpo bien formado.

También Sarah Truman, la joven que la acompañaba, era atractiva y dueña de un cuerpo seductor.

Ingrid era pelirroja; Sarah, morena.

La primera, un tanto desilusionada, dijo:

—Chris y Brus aún no han llegado.

—No tardarán, no te preocupes —respondió Sarah.

—¿Estás segura?

—¡Claro!

—Temo que nos den plantón.

—No digas tonterías, Ingrid. La última vez que vinimos con ellos a este precioso lugar, lo pasamos los cuatro fenomenal. Chris y Brus se divirtieron tanto, que desde entonces están deseando repetir todo lo que hicimos aquella tarde.

La pelirroja Ingrid sonrió.

—Yo también estoy deseando repetirlo, ¿sabes?

—¡Toma, y yo!

Las dos amigas rieron.

—Chris Miller y Brus Garret son un par de tipos estupendos —dijo Ingrid—. Su único defecto, es que todas las mujeres les gustan.

—Sí, es verdad —estuvo de acuerdo Sarah—. De nosotras depende, sin embargo, que les gustemos más que las otras o menos.

—En ese sentido, hacemos todo lo que podemos.

—Cierto. Y debemos seguir así, Ingrid. Si Chris y Brus lo siguen pasando fenomenal con nosotras, no buscarán la compañía de otras mujeres, puedes estar segura.

Ingrid Nichols suspiró.

—Espero que no la hayan buscado ya.

—Vendrán, no temas. Anda, salgamos del helimóvil. Mientras esperamos a Chris y Brus, nos daremos un chapuzón.

—Buena idea.

Las dos amigas salieron del vehículo volador y empezaron a quitarse la ropa.

No había mucha que quitar, desde luego, pues corrían los primeros días del verano y la temperatura se aproximaba a los 30 °C. De ahí que Ingrid y Sarah vistiesen breves «shorts» y livianas blusas.

Eso era todo, si se exceptuaban los zapatos.
Por eso, cuando se despojaron de las blusas, las dos muchachas quedaron con los pechos al aire.
Jamás habían usado sujetador.
Y a la vista estaba que no les hacía ninguna falta.
Aquellos dos pares de senos, magníficos de tamaño y de forma, se sostenían por sí solos, erguidos, descarados, desafiantes, pidiendo guerra.
Y guerra tendrían, en cuanto llegasen Chris Miller y Brus Garrett, curtidos ambos en aquella clase de batallas, porque habían intervenido en cientos de ellas.
Ingrid Nichols y Sarah Truman se despojaron también de los atrevidos «shorts», y su desnudez fue ya total. Se descalzaron, se pegaron una carrerita, y se lanzaron al río, gozando con la frescura de sus cristalinas aguas.
Permanecieron unos diez minutos en el río, disfrutando como niñas.
De vez en cuando, miraban al cielo, maravillosamente azul y despejado. Esperaban ver aparecer el helimóvil de Chris Miller, pero éste y Brus Garrett no hacían acto de presencia.
—Se están retrasando demasiado, Sarah —rezongó Ingrid.
—Sólo llevamos un cuarto de hora aquí —repuso la morena.
—Ojalá me equivoque, pero creo que ese par de bribones cambiaron de idea y decidieron pasar la tarde con otras chicas.
—Te apuesto lo que quieras a que no. Si hubieran cambiado

de idea, nos habrían avisado, poniendo cualquier excusa.

—¿Por qué se retrasan tanto, entonces?

—No lo sé. Quizá hayan tenido algún problema con su helimóvil. Cuando lleguen nos lo explicarán.

—Voy a tumbarme al sol.

—Yo también.

Ingrid y Sarah salieron del río y se echaron sobre la fresca hierba. La pelirroja lo hizo boca abajo; la morena, boca arriba.

Las dos cerraron los ojos y se mantuvieron calladas, recibiendo la dulce caricia de los rayos solares, mientras las gotas de agua resbalaban por sus cuerpos desnudos.

El ruido del motor del helimóvil de Chris Miller les advertiría de su llegada. Una llegada en la que Sarah Truman seguía confiando mucho más que Ingrid Nichols.

Por tener los ojos cerrados, Sarah no vio que una especie de gigantesco copo, formado por una sustancia amarillenta, aparecía en el azulado cielo y se precipitaba sobre ella.

La extraña sustancia, viscosa y repugnante, cayó sobre el cuerpo desnudo, de la morena y resbaló rápidamente por él, como si quisiera envolverlo totalmente.

El contacto de aquel líquido espeso, que despedía además un hedor nauseabundo, hizo que Sarah Truman abriera los ojos de golpe.

—¡Ingrid! —chilló, asustada, sin atreverse a tocar con sus manos la glutinosa y amarillenta sustancia.

Ingrid Nichols levantó la cabeza, alarmada.

—¿Por qué gritas de ese...? ¡Oh, Dios mío! —exclamó, al descubrir lo que le estaba sucediendo a su amiga—, ¿Qué diablos es eso, Sarah...?

—¡No lo sé! ¡Me cayó encima de pronto, y me está cubriendo todo el cuerpo!

Ingrid alargó la mano, con intención de tocar la extraña sustancia, pero tampoco se atrevió.

Miró al cielo, para ver si descubría de dónde había caído el repugnante líquido, pero no encontró nada.

Nerviosamente, se puso en pie e indicó:

—¡Levántate y métete en el río, Sarah! ¡El agua hará desaparecer esa pegajosa sustancia que te envuelve, y que tan mal huele!

La morena se incorporó con cierta dificultad, porque el espeso líquido entorpecía sus movimientos.

Entonces, ocurrió algo sorprendente.

La amarillenta sustancia empezó a hincharse como un globo.

¡Y con qué rapidez!

En sólo unos segundos se convirtió en una enorme burbuja amarilla. ¡Y Sarah Truman había quedado encerrada en ella!

La morena creyó morirse de espanto.

—¡Ingrid...! —chilló, sin poder despegar los pies de la increíble y peligrosa sustancia. Ingrid Nichols también se hallaba aterrorizada.

—¡Sarah! —gritó, sin saber qué hacer.

—¡Ayúdame, Ingrid! ¡Sácame de aquí, por Dios! ¡Sácame de esta maldita burbuja o me asfixiaré! ¡No entra aire en ella! ¡Dentro de poco no podré respirar!
La voz angustiosa y desesperada de Sarah Truman quedaba en parte ahogada por las paredes de la gigantesca burbuja, en donde habían quedado atrapadas las manos de la muchacha al intentar perforar la amarillenta esfera.
La transparencia de la sustancia permitía a Ingrid Nichols contemplar los inútiles esfuerzos que realizaba su amiga por escapar de la burbuja.
El cuerpo desnudo de Sarah Truman se agitaba en el interior de la increíble esfera transparente, con desesperación, porque el aire se iba agotando y cada vez eran mayores sus dificultades para respirar.
Ingrid Nichols vio un palo tirado en el suelo.
Lo empuñó decididamente y trató de perforar con él la amarillenta burbuja, pero fracasó.
¡Sus paredes eran increíblemente resistentes!
El palo no sólo no consiguió taladrar la burbuja, sino que quedó pegado a ella, viéndose la pelirroja Ingrid obligada a soltarlo.
—¡Dios!, ¿qué puedo hacer? —gritó, desesperada—. ¡Sarah se está muriendo y no puedo salvarla!
En efecto, Sarah Truman boqueaba ya como un pez fuera del agua.
La burbuja se había quedado sin aire. Sarah se ahogaba...
Ya no podía hablar.

Sus ojos, desencajados, estaban a
punto de saltar de sus cuencas.
Reflejaban un terror infinito.
De pronto, la desgraciada se derrumbó y todo su cuerpo quedó pegado a la sustancia

que
formaba
la
burbuja.
Ingrid Nichols
lanzó un chillido
de horror.
—
¡Sarah...!
Al mismo tiempo que la pelirroja emitía aquel chillido desgarrador, otro gigantesco copo de sustancia amarillenta aparecía en el cielo.
Ingrid no lo vio, y eso resultó fatal-para ella, pues el enorme copo le cayó encima y resbaló velozmente por su cuerpo desnudo, envolviéndolo.
—¡Cielos, no...! —gritó, adivinando que iba a correr la misma suerte que su amiga.
Presa de un ataque de histeria, Ingrid Nichols intentó desesperadamente arrancarse del cuerpo aquella maldita sustancia.
No
lo
consiguió.
Sus manos quedaron atrapadas en ella
como las moscas en la miel.
El glutinoso líquido empezó a hincharse y formó otra gigantesca burbuja, encerrando en ella a Ingrid.
La muchacha chillaba y se contorsionaba como una posesa en el interior de la amarillenta esfera, consciente de que, si no ocurría un milagro, aquella maldita burbuja sería su tumba.

CAPITULO II

—Acelera la marcha, Chris.

—¿Quieres que nos matemos, Brus?

—Lo que yo quiero es tener entre mis brazos a Sarah.

—También yo deseo tener entre los míos a Ingrid, pero viajamos en un helimóvil, no en una nave espacial.

—Debimos salir antes.

—No fue posible, y tú lo sabes. Tenía que resolver un asunto.

—Por culpa de ese asunto tuyo vamos a llegar tarde a nuestra cita con las chicas.

—Nos esperarán, no te preocupes.

—O se largarán. Cualquiera sabe.

Chris Miller sonrió.

—Te apuesto lo que quieras a que nos las encontramos bañándose en el río. O tumbadas al sol, secando sus preciosos cuerpos desnudos.

Brus Garrett distendió también los labios en una sonrisa.

—Se me seca la boca sólo de pensarlo.

—A mí, en cambio, se me hace agua —repuso Chris.

Los dos amigos se echaron a reír.

Chris Miller contaba veintiocho años de edad, rozaba el metro ochenta de estatura, tenía el pelo oscuro y las facciones agradables.

Brus Garrett, cuatro años mayor que Chris, tenía el pelo

rubio y la cara simpática. Era ligeramente más alto que su compañero, y mucho más corpulento, lo que le obligaba a dar en la báscula cien kilos largos.

Eran amigos desde hacía varios años, y siempre corrían sus juergas juntos. Se trataba de dos conquistadores natos, pero jamás se habían peleado por una mujer. Cuando discutían, era más en broma que en serio.

Chris solía decir, siempre en tono jocoso, que era más atractivo que Brus, y éste replicaba, también en el mismo tono de broma, que él era más musculoso y que esto, los músculos desarrollados y poderosos, era lo que más admiraban las mujeres, lo que realmente las volvía locas, anulando toda su resistencia.

Tras el intercambio de pullas, los dos amigos pasaban a enumerar sus respectivas conquistas, pretendiendo los dos haber conseguido más mujeres que el otro.

Y siempre acababan riendo a carcajadas, porque recordar sus conquistas amorosas les resultaba tremendamente divertido.

El helimóvil de Chris Miller seguía volando hacia el lugar de la cita, muy próximo ya.

Tan sólo unos segundos después, Brus Garrett exclamaba:

—¡Allí está el helimóvil de Ingrid!

Chris sonrió.

—¿No te dije que nos esperarían, Brus?

—¡Son unas chicas estupendas!

—Y lo están.

—¡Desde luego! —asintió Garrett, riendo.
Miller hizo descender su helimóvil, al tiempo que reducía la velocidad.
—No veo a las chicas, Chris —dijo Brus, buscándolas con la mirada.
—Se han escondido —opinó Miller.
—¿Por qué?
—Para castigarnos, por nuestra tardanza.
—Qué zorras.
—Fíjate, Brus. Las ropas de las chicas están tiradas sobre la hierba.
—Es cierto. Y eso demuestra que se estaban bañando, cuando oyeron el motor de nuestro helimóvil y corrieron a ocultarse.
—Exacto. Aunque también es posible que estuvieran tumbadas al sol. En cualquier caso, es evidente que tienen ganas de jugar.
—Al escondite —rezongó Brus.
—Eso es.
—Con las ganas que tengo yo de... Bueno, ya sabes.
Chris rió.
—No te desesperes, Brus. Las encontraremos en seguida y las castigaremos con unos cuantos mordiscos, por traviesas.
—Yo ya sé dónde se los voy a dar a Sarah —mascculló Garrett. Chris Miller rió de nuevo.
Ya estaban posando su helimóvil sobre la hierba, junto al de Ingrid Nichols. Segundos después, Chris y Brus descendían del aparato.
Al instante, un olor muy poco grato abofeteó sus rostros. Brus Garrett se puso a olisquear como un perro.
—Aquí huele a demonios, Chris.
—Cierto —rezongó Miller, extrañado.

—Otra broma de las chicas, seguro —indicó Garrett—. Han debido soltar un par de bombas fétidas, para recibirnos con aroma de excremento de mono.

—No, no creo que sea cosa de las chicas.

—Entonces, es que algún animal hizo de las suyas. Tendremos que fijarnos en dónde ponemos los pies, para no pisar el «regalo».

Chris Miller miró a su alrededor, con gesto preocupado.

—Aquí ha ocurrido algo, Brus.

—¿Tú crees?

—Eso me temo. Será mejor que busquemos a Ingrid y Sarah, porque sospecho que no han desaparecido voluntariamente.

Brus Garrett se estremeció ligeramente.

—¿De verdad piensas que algo o alguien las obligó a huir...?

—Sí.

—¿Completamente desnudas...?

—No tuvieron tiempo de coger sus ropas, supongo. Vamos, Brus. No perdamos tiempo. Chris Miller echó a andar, y Brus Garrett le siguió.

Este último miró casualmente hacia el cielo.

Resultó providencial, porque en él había aparecido un gigantesco copo de color

amarillento, y ya se
precipitaba sobre los dos
amigos. Sobre Miller, más
concretamente.
—¡Cuidado, Chris! —gritó Garrett, arrojándose sobre su compañero, al cual derribó aparatosamente.
Era la única manera de apartarlo de la trayectoria del enorme copo de sustancia amarilla, el cual cayó sobre la hierba, a menos de un metro de Chris y Brus.
Este también se encontraba en el suelo, agarrado todavía a su compañero. Miller rezongó un juramento.
—¿Es que te has vuelto loco, Brus...? ¡Me has placado como si estuviéramos jugando al rugby!
—¡Deja de gruñir y mira eso! —pidió Garrett, señalando con el dedo el copo de líquido viscoso.
Chris Miller volvió la cabeza y descubrió la sustancia amarillenta.
—¿Qué demonios es...?
—¡No lo sé, pero cayó del cielo!
—¿Del cielo...? —respingó Miller, y miró hacia arriba. Garrett también lo hizo, pero ninguno de los dos vio nada.
—¡Te hubiera caído encima, de no ser por mí! —informó Brus.
Chris volvió a fijarse en el copo de espeso líquido amarillento.
—Esa sustancia es la que impregnó este lugar de ese hedor nauseabundo, Brus. Garrett olfateó de nuevo como un chucho.
—¡Es verdad, Chris! ¡Huele que apesta!
—Esto fue lo que hizo huir a las chicas, Brus.
—Pues no se ve ningún otro copo de sustancia como ésa en este lugar. Chris.
—Tiene que haberlo, Brus. Despide el mismo olor repugnante.
—¿Quién lo dejaría caer? ¿O qué?
—No tengo la menor idea. Pero no me hubiera gustado que *eso* me cayese encima. Gracias por apartarme, Brus. Aunque

lo hicieras a lo bruto.
—¿Te hice daño?
—No, estoy bien. Tengo los huesos duros. Los dos amigos se incorporaron.
El copo de sustancia amarilla seguía muy quieto sobre la hierba.
Garrett se apretó la nariz.
—Alejémonos de esta peste, Chris, o acabaré devolviendo el almuerzo.
—Sí, busquemos a las chicas.
—Espero que no les cayera ningún copo de éstos encima.
—Y yo —murmuró Miller, mirando de nuevo hacia arriba.
No pudo ser más oportuno, pues dos nuevos copos amarillentos habían surgido en el azulado cielo, y ya descendían con mucha rapidez sobre los cuerpos de los dos amigos.
—¡Cuidado, Brus! —advirtió Chris—, ¡Salta!
Garrett dio un fenomenal brinco, cayendo varios metros más allá.
También el salto de Miller fue prodigioso.
Los dos enormes copos de sustancia pestilente cayeron sobre la hierba, justo en los lugares en donde apenas un par de segundos antes se encontraban Chris Miller y Brus

Garrett.
Los dos amigos se miraron, estremecidos.
—¡Estos gigantescos copos no caen por casualidad, Chris! —gritó Brus—. ¡Nos buscan a nosotros! ¡Se precipitan perfectamente dirigidos!
—Eso parece.
—¡Tendremos que largarnos, Chris!
—No podemos irnos sin las chicas, Brus.
—¡Ellas no están aquí!
—¿Cómo lo sabes? Su helimóvil sí está.
—¡También están sus ropas, pero ellas se han largado! ¡O se las han llevado, que aún sería peor!
—¿Insinúas que fueron raptadas...?
—¡Tal vez, no lo sé! ¡Lo que sí sé es que no están en este lugar! ¡Hubieran aparecido al vemos u oímos!
Miller vaciló.
Garrett, muy nervioso, sugirió:
—¡Las buscaremos desde el aire, con tu helimóvil! ¡En el aparato estaremos a salvo de estos malditos copos malolientes!
—Tienes razón, Brus. Volvamos al helimóvil.
Los dos amigos se pusieron en pie y corrieron hacia el vehículo volador. De pronto, se quedaron parados.
Y fríos como el hielo.
¡Algo horroroso acababa de surgir por entre los árboles!

CAPITULO
III

Eran
dos
larvas.
De
gusanos
monstruosos.
De piel amarillenta, como los enormes
copos de misteriosa sustancia.
Medirían entre metro y medio y dos metros de largos, por sesenta o setenta centímetros de grosor.
Dos seres
realmente
gigantescos.
Escalofriantes.
De
pesadilla.
Tenían un par de antenas en la parte superior de la cabeza, tensas y vibrantes. Y un solo ojo.
¡Pero
qué
ojo!
Parecía
un
balón
de
rugby.
Y la
boca...
Era, quizá, lo más aterrador de todo, pues en ella albergaban dos filas de colmillos capaces de devorar a un hombre en menos que canta un gallo.
¡Verdaderamente

terroríficos!

El par de monstruosas larvas se movía con cierta rapidez, gracias a sus pequeñas, pero numerosas patas.

Chris Miller agarró del brazo a su compañero y tiró de él.

—Atrás, Brus.

Brus Garrett retrocedió, con todos los pelos de punta.

No tenían más remedio que echarse para atrás, porque los gigantescos gusanos les cortaban el paso hacia los helimóviles.

—Debemos estar soñando, Chris... —musitó Garrett, negándose a tomar como real las imágenes que sus ojos estaban viendo—. ¡Tiene que ser una pesadilla!

—Me temo que no, Brus —repuso Miller—, Esos dos gusanotes son reales, y tienen mucho que ver con los gigantescos copos amarillos. Son del mismo color y huelen igual de mal.

—¡Vienen hacia nosotros, Chris! ¡Quieren devorarnos!

—Yo no pienso dejar que se me merienden.

—¡Corramos, Chris!

—Cuidado con la sustancia amarilla, Brus. No debemos pisarla. Y debemos estar atentos al cielo. Pueden enviarnos nuevos copos.

—¡Larguémonos de una vez, Chris!

—¿Sin

el
helimóvil?
—
¡No
podemos
cogerlo!
—Debemos intentarlo. A pie corremos un gran peligro. Puede haber más larvas monstruosas. Y pueden caer nuevos copos de esa pestilente sustancia. Tenemos que recuperar mi helimóvil. O el de Ingrid, lo mismo da. El caso es elevarse. Sólo así estaremos a salvo.
—¡No podemos luchar contra esos gusanotes,
Chris! ¡No tenemos armas!

—Nos las procuraremos.
—¿Cómo?
—Piedras, palos, ramas... Lo que sea.
—¡Con eso no podremos frenar a ese par de gigantescos animalotes!
—Por intentarlo, que no quede.
Las terroríficas larvas seguían avanzando, dando unos rugidos y unas dentelladas al aire que erizaban el vello.
Chris Miller y Brus Garrett retrocedían, manteniendo la distancia que les separaba de los horrorosos bichos.
Los dos amigos miraban continuamente al cielo para no dejarse sorprender por una nueva caída de copos amarillentos.
Chris vio el palo que Ingrid Nichols utilizara para intentar perforar la gigantesca burbuja que mantenía encerrada a Sarah Truman, y lo empuñó decididamente.
Brus, por su parte, pisó una piedra del tamaño de un coco, y casi pierde el equilibrio.
—Coge ese pedrusco, Brus —indicó Chris.
—¡No podemos matar a pedradas a esos monstruosos gusanos! ¡Y tampoco con ese palo que esgrimes!
—Si logramos golpearles en el único ojo que tienen, podemos hacerles mucha pupa.
Incluso podemos dejarlos ciegos. Y, si dejan de vernos, ya no podrán devorarnos.
—No está mal pensado —murmuró Brus, y se dispuso a arrojar la piedra.
—Afina la puntería, compañero —pidió Chris. Garrett lo hizo y lanzó el pedrusco.
Con todas sus fuerzas, que eran muchas.
La piedra se estrelló contra el ojo de una de las horripilantes larvas.
El impacto, terrible, destrozó el enorme órgano visual del monstruoso gusano, haciendo brotar una sustancia marrón,

espesa y repugnante.
La espantosa larva se encogió en el acto, emitiendo unos rugidos escalofriantes.
Su compañera continuó su avance, rugiendo furiosa por lo que acababa de ocurrirle al otro gusanote.
—¡Le di en el ojo, Chris, le di! —gritó Brus Garrett, alborozado.
—¡Atrás, Brus! ¡El otro animalote se mueve ahora mucho más de prisa!
—¡Buscaré otro pedrusco!
—¡No, Brus! ¡De éste me encargo yo!
—¡No seas loco, Chris! —gritó Garrett al ver que su compañero, en vez de retroceder, daba un gran salto hacia la aterradora larva.
El bicho lo vio tan cerca de sus colmillos, que le soltó una dentellada.
Chris Miller saltó de lado al tiempo que, manejando el palo como una lanza corta, lo incrustaba en el ojo oval de la bestia.
El gusanote emitió un poderoso bramido mientras de su destrozado ojo empezaba a brotar aquella extraña sustancia marrón.
Chris retrocedió con rapidez, para no ser alcanzado por la horrenda larva, que encogía y desencogía su alargado cuerpo con brusquedad y sin dejar de rugir.
Brus Garrett dio un salto de alegría.
—¡Lo conseguiste, Chris!

—¡Las dos larvas están ciegas, Brus! ¡Corramos hacia mi helimóvil!

—¡Sí, rápido!

Los dos amigos dieron un rodeo, sorteando los tres copos de sustancia amarillenta que cayeran sobre la hierba.

Estaban a punto de alcanzar el helimóvil, cuando dos nuevos copos aparecieron en el cielo y se precipitaron velozmente sobre ellos.

Chris fue el primero de descubrirlos.

—¡Salta, Brus! —gritó, predicando con el ejemplo.

Garrett dio un fantástico brinco.

Una vez más, los misteriosos copos amarillos fracasaron en su intento de envolver con su pegajosa sustancia a Chris Miller y Brus Garrett, estrellándose contra el suelo.

—¡Al helimóvil, Brus! ¡Rápido! —gritó Chris.

Los dos amigos se introdujeron velozmente en el aparato.

Chris puso el motor en marcha y las hélices comenzaron a girar. El vehículo volador se elevó.

—¡Lo logramos, Chris! —exclamó Brus, palmeando la espalda de su compañero.

—¡Eso parece! —respondió Miller, sonriente. Sin embargo, era pronto para cantar victoria.

Sí, porque otros dos copos de aquella maldita sustancia

amarillenta surgieron en el cielo y cayeron sobre las hélices del aparato de Chris Miller, envolviendo rápidamente el motor, que empezó a fallar.

El vehículo volador comenzó a balancearse. Brus Garrett se asustó.

—¿Qué ocurre, Chris...?

—¡Algo le pasa al motor! ¡Las hélices tienen dificultades para girar!

—¡Maldición! ¡Debe ser cosa de esos condenados copos pestilentes!

—¡Lo mismo pienso yo!

De repente, las hélices se detuvieron y el aparato se precipitó contra el suelo.

CAPITULO IV

Afortunadamente, el helimóvil no se había elevado más que unos cuantos metros, y el impacto, aunque violento, no causó daños mayores a Chris Miller y Brus Garrett.

El aparato quedó tumbado de lado sobre la hierba.

Chris y Brus salieron de él como pudieron y saltaron al suelo.

—¿Estás bien, Brus?

—Creo que sí, aunque me duele bastante la rodilla. ¿Y tú...?

—Me di un golpe en el hombro, pero no es nada serio.

—Hemos tenido suerte. Si nos hubiéramos precipitado desde una altura mayor, ahora estaríamos muertos.

—Seguro.

—Observa las hélices. Están cubiertas de esa maldita sustancia amarillenta, como todo el motor.

—Eso fue lo que nos hizo caer.

—Alejémonos de aquí, Chris, antes de que lluevan nuevos copos.

—Sí, no podemos arriesgarnos a coger el helimóvil de Ingrid. Nos ocurrirá lo mismo.

—Seguro que

sí.

—Vamos, Brus.

Los dos amigos echaron a andar, procurando moverse por debajo de los árboles, pues las ramas de los mismos les protegían de una posible caída de nuevos copos amarillentos. Las monstruosas larvas ya no rugían. Ni siquiera se movían. Estaban encogidas y rígidas.

Miller y Garrett las observaron, parados junto al tronco de un árbol.

—Diría que los gusanos están muertos... —murmuró el segundo—. ¿Qué opinas tú, Chris?

—Sí, creo que sí —respondió Miller—, Las heridas que les causamos, eran muy serias.

—Me alegro de que hayan estirado la pata. Bueno, las muchas patas. Eran dos bichos muy peligrosos.

—Ya lo creo.

—¿De dónde diablos saldrían?

—No

lo
sé.
—¿Crees que
habrá más por
aquí, Chris?
—Me parece que no. Hubieran surgido ya. De todos modos, no debemos confiarnos.
—¿Qué habrá sido de Ingrid y Sarah? ¿Se verían atacadas por las gigantescas larvas...?
¿Consiguieron escapar de ellas? ¿Fueron
devoradas por los bichos?
—Daría cualquier
cosa por saberlo,
Brus.
—
Y
yo.
—Las buscaremos. Si lograron escapar de los gusanotes y de los malditos copos amarillos, las encontraremos. No pueden andar muy lejos. Estaban completamente desnudas, no lo olvides.
—Nos hemos metido en algo
muy serio, ¿verdad, Chris?
—Así parece. Pero no es la primera vez que tú y yo nos vemos en dificultades, Brus. Y

siempre
salimos
airosos.
—Es verdad —
sonrió ligeramente
Garrett. Miller le
apretó el hombro.
—Vamos, Brus. Tenemos
que encontrar a las chicas.
—
Sí.
Los dos amigos se alejaron de aquel lugar, buscando siempre la protección de los árboles.

*
*
*

Los Douglas vivían en una magnífica casa de campo, muy distante de la gigantesca y bulliciosa Atlanta.
Alfred Douglas tenía treinta y cinco años de edad, y era un tipo alto y fuerte, bien parecido.
Erika, su mujer, estaba a punto de cumplir los treinta, pero no aparentaba más de veinticinco. Era rubia, hermosa, con un cuerpo espléndido.
Los Douglas se encontraban en la fastuosa piscina que habían hecho construir en el espacioso jardín, en donde se veían plantas y flores de todas clases.
Alfred y Erika acababan de darse un chapuzón, y ahora secaban sus cuerpos al sol, tumbados en cómodas sillas extensibles.
Alfred lucia un escueto bañador negro, que más parecía un descarado taparrabos. Erika, por su parte, se exhibía con la pieza inferior de un bikini rojo, más breve aún que el

taparrabos de su marido. Estaban echados los dos boca arriba. Erika miró a su esposo.

—¿Te apetece tomar algo, querido?

Alfred la miró a su vez, con maliciosa sonrisa.

—Desde luego —respondió, alargando la mano y posándola sobre los turgentes senos de su mujer.

Ella rió.

—Eres un sinvergüenza, Alfred.

—¿Por qué?

—Me refería a algo de beber, y tú lo sabes.

—En este momento, me apetece más morder.

—Ya me

imagino
qué.
—
¿Me
dejas?
—
No.
—
¿Por
qué?
—
Diana
puede
vemos.
Diana Bolker era la doncella de los Douglas, una atractiva muchacha de veintidós años de edad, pelo castaño y ojos color canela. Llevaba algunos meses al servicio de los

Douglas, y éstos estaban muy contentos con ella, porque, entre otras cosas, Diana era una estupenda cocinera.

—¿Y qué, si nos ve? —preguntó Alfred, que no dejaba de acariciar los hermosos pechos de su esposa, mientras hablaban—. Somos marido y mujer, podemos hacer de todo sin avergonzarnos.

—Y de hecho lo hacemos, pero en nuestro dormitorio. Delante de la doncella, no estaría bien.

—
Diana
no
está
en el
jardín.

—Pero puede salir de un momento a otro, y sorprendente comiéndote mis senos. Alfred sonrió.

—No quiero comérmelos, sólo mordisquearlos un poco.

—En otro
momento,
¿de
acuerdo?

—Está bien, tendré que resignarme —suspiró Alfred, y retiró su mano del busto de su mujer.

—¿Le decimos a Diana que nos sirva algo fresquito, cariño? —sugirió Erika.

—
Bueno.

Sobre una pequeña mesa de cristal ahumado, estaba el intercomunicador. Erika lo pulsó.

La
doncella
respondió
en
seguida.

Erika le encargó un

par de bebidas frescas.

—En seguida se las sirvo, señora.

—Gracias, Diana.

Erika cerró los ojos y siguió recibiendo la caricia de los rayos solares en su prácticamente desnudo cuerpo.

Alfred también tenía los ojos cerrados.

Por eso, ninguno de los dos vio que un par de enormes copos amarillentos aparecían en el cielo.

Y los copos, naturalmente, se precipitaron sobre ellos.

*
*
*

Diana Bolker ya había preparado las refrescantes bebidas.

Puso las copas en una pequeña bandeja de plata y se encaminó hacia el jardín, luciendo su uniforme de doncella. Un uniforme ligero y corto, que le permitía mostrar sus bonitas piernas hasta la mitad del muslo.

Diana se sentía a gusto en casa de los Douglas.

Erika la trataba con cariño y Alfred la respetaba, porque estaba muy enamorado de su mujer y no sentía el menor

deseo de engañarla.
Esto último alegraba infinitamente a Diana, pues había tenido que abandonar los últimos empleos precisamente por todo lo contrario. El señor de la casa, en todos esos casos, había resultado ser un sinvergüenza.

Besos, palmadas y pellizcos a la grupa, toqueteo de muslos, manoseo de senos... Y hasta claras proposiciones de irse a la cama, aprovechando la ausencia de la señora de la casa.
Diana, que no se consideraba una vulgar prostituta, se hartaba de tanto abuso y tanta proposición deshonesta, y acababa arreándole un sopapo al señor de la casa y abandonando el empleo.
Por fortuna, con Alfred Douglas no tenía esa clase de problemas.
Era todo un caballero.
Y un esposo fiel.
Pensando en todo ello, Diana Bolker alcanzó el jardín.
Iba a descender los cinco escalones de mármol, cuando descubrió algo que la dejó helada.
La bandeja de plata le cayó de las manos y las copas se hicieron añicos al chocar contra los escalones.
Con ojos dilatados, la muchacha siguió el desarrollo de la increíble escena.
En el jardín, junto a la piscina, se habían formado dos enormes burbujas de color amarillento, cuya transparencia permitía ver, encerrados en ellas, a Alfred y Erika Douglas.
Ambos se debatían desesperadamente en el interior de los gigantescos globos de sustancia amarilla, intentando escapar de ellos, pero sus esfuerzos no servían de nada.
El aire, muy escaso ya en el interior de las burbujas, obligaba a los Douglas a boquear exageradamente, al tiempo que minaba más y más sus fuerzas.

Alfred y Erika tenían los ojos desorbitados y chillaban con desesperación, aunque sus gritos eran cada vez más débiles.
Diana Bolker, paralizada por la sorpresa, no acertaba a reaccionar. El estupor la tenía dominada.
Y el terror, que también había hecho presa en ella.
Alfred y Erika dejaron de agitarse en el interior de las burbujas. La falta de aire los había asfixiado.
Estaban muertos.
No cabía la menor duda de ello.
Lo más horroroso, sin embargo, estaba por llegar.

*
*
*

Diana Bolker estaba a punto de echar a correr, aterrorizada, cuando creyó advertir que los cuerpos sin vida de Alfred y Erika Douglas empezaban a sufrir una transformación.
Y, efectivamente, la estaban sufriendo.
Se trataba de una metamorfosis total y absoluta, de la cabeza a los pies. Los cuerpos de los Douglas, al tiempo que se

deformaban, adquirían el mismo tono amarillento de la sustancia que formaba las burbujas.
Las extremidades superiores
e inferiores de Alfred y

Erika se fueron pegando, deformadas ya, a sus cuerpos. Al mismo tiempo, sus cabezas se iban agrandando y tomando una apariencia realmente monstruosa.

El cabello desaparecía, los ojos aumentaban de tamaño y se aproximaban el uno al otro, como si quisieran unirse, convertirse en un solo órgano visual.

La boca también se ensanchaba, los dientes crecían y se transformaban en auténticos colmillos de fiera, mientras que las orejas desaparecían, para, un poco más arriba, brotar un par de antenas que se iban alargando por segundos.

Sí.

Los cuerpos de Alfred y Erika Douglas se estaban convirtiendo en dos monstruosas larvas, como las que atacaran a Chris Miller y Brus Garrett.

CAPITULO V

En su búsqueda de Ingrid Nichols y Sarah Truman, Chris Miller y Brus Garrett descubrieron una preciosa casa a no más de un centenar de metros.

—¡Mira, Chris! ¡Es una casa! —exclamó Garrett, estirando el brazo.

—Si, ya lo veo.

—¡Qué suerte! ¡Podremos pedir ayuda en ella!

—Vamos, Brus.

Los dos amigos echaron a andar hacia la hermosa casa.

—¡Mira que si encontráramos en ella a Ingrid y Sarah, Chris...!

—Ojalá.

—Quizá hallaron esta casa en su huida de las monstruosas larvas.

—Es posible.

—Desde que dejamos aquel lugar, no nos han dejado caer ningún copo de sustancia amarillenta ni hemos sido atacados por más gusanotes.

—Afortunadamente.

—Tal vez las chicas tuvieron la misma suerte que nosotros.

—Me alegraría infinitamente.

—Pronto saldremos de dudas, Chris.

Los dos amigos siguieron aproximándose a la casa. Se encontraban a unos cincuenta metros de ella, cuando, súbitamente, una muchacha salió corriendo de la casa.

¡Y cómo corría!

Los pies le tocaban el culo.

Chris y Brus se quedaron parados.

La joven los vio y fue directamente hacia ellos, gritando como una loca.

—¡Socorro...! ¡Auxilio...! ¡Ayúdenme, por favor! ¡Se lo suplico...!

—Esta chica ha visto al mismísimo Satanás... —murmuró Garrett.

—Eso
parece,
Brus —
dijo Miller.
La
muchacha
los
alcanzó.
Como venía embalada, Chris tuvo que
frenarla para evitar el choque. Lo hizo
cogiéndola por los hombros.
—Cálmate, preciosa, y cuéntanos lo que te ocurre. —¡La casa! —gritó la joven, volviendo la cabeza. —¿Qué pasa en la casa?
—¡Los Douglas!
—¿Quiénes son los Douglas? —preguntó Brus.
—¡Los dueños de la casa!
—¿Les ha ocurrido algo?
—¡Estaban
atrapados en
unas burbujas!
Chris y Brus
cambiaron una
mirada.
—¿Has dicho... *burbujas?* —murmuró el primero. —¡Sí! ¡Unas burbujas gigantescas, transparentes, de color amarillo! ¡Luchaban por salir de ellas, pero no lo consiguieron! ¡Les faltaba el aire, se ahogaban! ¡Murieron asfixiados!
Miller y Garrett sintieron sendos escalofríos, pues ambos sospechaban que aquellas

enormes burbujas amarillas de las que hablaba la aterrorizada muchacha, y los gigantescos copos de sustancia del mismo color, guardaban una relación directa.
Y, si no estaban equivocados, Ingrid Nichols y Sarah Truman podían haber encontrado la muerte también.
La misma muerte horrible que los Douglas.
Chris Miller se disponía a seguir interrogando a la joven, cuando Brus Garrett gritó:
—¡Mira, Chris! ¡Otras dos larvas gigantescas están saliendo de la casa...!

*
*
*

Era cierto.
Dos de aquellos alucinantes gusanos estaban surgiendo de la casa de los Douglas.
Eran los Douglas, sólo que transformados.
Horriblemente trasmutados. Las malditas burbujas amarillentas tenían la culpa de ello.
Chris Miller y Brus Garrett no lo sabían, claro. Quien sí lo sabía, porque lo había visto con sus propios ojos, era Diana Bolker, la doncella de los Douglas. Pero no había tiempo para más explicaciones.
Los aterradores gusanos avanzaban ya con rapidez hacia Chris, Brus y Diana. Había que largarse a toda prisa.
Y eso fue

lo que hicieron.

Chris tomó de la mano a Diana y gritó:

—¡Corre, preciosa! ¡Tan de prisa como antes!

La muchacha lo hizo y los talones volvieron a tocarle el trasero.

Brus también se disparó como una flecha, a pesar de que le seguía doliendo la rodilla, como a Chris le dolía el hombro.

¿Pero quién se acordaba ahora de los dolores...?

¡En lo único que pensaban era en escapar de las temibles larvas! Chris Miller, por si las moscas, echó una mirada al cielo.

Estaban corriendo por la vasta explanada que había frente a la casa de los Douglas, y mientras no alcanzasen los árboles más próximos, los tres corrían el peligro de recibir sendos copos de sustancia amarillenta y quedar atrapados en otras tantas burbujas gigantescas.

Lo que Chris se temía, ocurrió.

Tres enormes copos brotaron de repente en el cielo y se proyectaron con toda rapidez sobre las cabezas de Chris, Diana y Brus.

—¡Caen tres copos, Brus! —gritó Miller—, ¡Cuidado!

Garrett se desplazó velozmente hacia su derecha, esquivando el copo que le había tocado en suerte.

Miller también saltó, al tiempo

que tiraba de Diana Bolker. La muchacha dio un chillido y perdió el equilibrio.

Ella no sabía nada de copos, pero los vio estrellarse contra el suelo.

—¡Son amarillos, como las burbujas! —exclamó.
—¡Sí, y tan peligrosos como ellas! —dijo Chris.
—¡Y huelen a demonios, como puedes comprobar! —añadió Brus. Miller levantó a la doncella de los Douglas.
—¡Vuela de nuevo, encanto! ¡No estaremos a salvo de los copos hasta que lleguemos a los árboles!
Los tres se dispararon de nuevo.
Como los primeros árboles estaban ya muy próximos, los alcanzaron sin que nuevos copos de sustancia amarilla cayesen del cielo, en busca de sus cuerpos.
Bien, ya estaban a salvo de los malditos copos.
Pero quedaban las dos monstruosas larvas.
Y no parecían decididas a abandonar la persecución.
Se movían con rapidez hacia los árboles, dando rugidos.
Pero Chris, Diana y Brus corrían mucho más de prisa que las colosales orugas, logrando distanciarse tanto de ellas que dejaron de oír sus rugidos.
No obstante, siguieron corriendo.
Todavía no podían considerarse a salvo de los horribles gusanos.
Chris y Brus resistían bastante bien el ritmo de la carrera, pero Diana Bolker ya casi no podía levantar las piernas.

—¡No puedo más! ¡Estoy agotada! —hizo saber, derrumbándose. Chris se detuvo.

—¡Alto, Brus!

Garrett frenó también su carrera. Miller atendió a la muchacha.

—¿Te has hecho daño?

—No... —jadeó ella, el rostro y el cuello brillantes de sudor. Miller le dio un cariñoso pellizco en la barbilla.

—Descansa, preciosa.

—Gracias.

Garrett preguntó:

—¿Vamos a quedarnos aquí, Chris?

—Sólo unos minutos. Los necesarios para que la chica recupere las fuerzas.

—

De acuerdo.

Brus se sentó en el suelo, siendo imitado por Chris, que lo hizo junto a Diana Bolker.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Diana.

—¿Estabas al servicio de los Douglas?

—Sí.

—Antes nos hablaste de esas gigantescas burbujas amarillas, pero no nos dijiste cómo se formaron.

—No lo sé. Los Douglas me habían pedido unas bebidas refrescantes, y cuando se las llevé al jardín, ellos ya estaban atrapados en el interior de las burbujas, asfixiándose. El terror me dejó paralizada, no pude prestarles ninguna ayuda...

—¿Cuándo aparecieron las dos larvas gigantes?

—Poco después de que los Douglas perdiesen la vida.
—¿De dónde surgieron?
—De las burbujas.
Chris y Brus se miraron, sorprendidos.
—¿De las burbujas...? —repitió el segundo.
—Sí.
—¿Cómo es posible? —preguntó Chris.
Diana les refirió la increíble mutación que sufrieran los cuerpos sin vida de Alfred y Erika Douglas, y que ella presenció de principio a fin, horrorizada. Chris Miller y Brus Garrett volvieron a mirarse.
Los dos habían palidecido.
Y es que ambos estaban pensando lo mismo.
Las dos monstruosas larvas que les atacaran junto al río, y a las que ellos dieran muerte, eran Ingrid Nichols y Sarah Truman.

CAPITULO VI

Brus Garrett, quedamente, dijo:

—Matamos a Ingrid y Sarah, Chris...

Miller movió la cabeza.

—No, Brus. Ingrid y Sarah ya estaban muertas. Perecieron en el interior de dos de esas malditas burbujas amarillas, que se forman con la pestilente sustancia que cae del cielo en enormes copos. Después, sus cuerpos se transformaron en horrorosas larvas, como ocurrió con los Douglas. Cobraron vida, salieron de las burbujas, y se ocultaron entre los árboles. Nos atacaron y nosotros nos defendimos. Matamos a dos orugas espantosas, no a Ingrid y Sarah. De ellas ya no quedaba absolutamente nada.

Garrett guardó silencio.

Diana Bolker preguntó:

—¿Quiénes eran Ingrid y Sarah?

—Dos amigas nuestras. Dos buenas amigas —respondió Chris.

—Y se convirtieron en monstruosas

larvas, como los Douglas...

—Así es, Diana. Nos esperaban no lejos de aquí, junto al río. Brus y yo nos retrasamos un poco y cuando llegamos sólo encontramos sus ropas. Dos de esos copos de sustancia amarilla debieron caerles encima, envolviéndolas. Se formaron las burbujas, e Ingrid y Sarah murieron asfixiadas. Luego, sus cadáveres tomaron la apariencia de aterradoras larvas.

— Y os atacaron...

— Sí.

—¿Cómo conseguisteis darles muerte?

Chris se lo contó, así como lo que ocurrió después, cuando intentaban escapar con su helimóvil.

Diana Bolker se estremeció visiblemente.

—Si nosotros hubiéramos sido alcanzados por esos gigantescos copos amarillos, hubiésemos sufrido la misma suerte que los Douglas, Ingrid y Sarah... —murmuró.

—Sí, hubiéramos muerto asfixiados en el interior de las burbujas y nuestros cuerpos se habrían convertido en tres de esas escalofriantes larvas.

—Sólo de pensarlo me siento desfallecer de pánico —confesó la joven, cogiéndose instintivamente del brazo de Chris Miller.

Este le puso la mano en la mejilla y le sonrió.

—Mejor que no lo

pienses, Diana.

—Estoy aterrada, Chris.

—Brus y yo te protegeremos, no te preocupes.

—¿Y quién nos protegerá a nosotros? —preguntó Garrett.

Miller le dirigió una severa mirada.

—Brus, por favor. Estoy tratando de levantarle el ánimo a Diana, no lo estropees.

—Está bien, no he dicho nada —rezongó el rubio.

Diana Bolker preguntó:

—¿De dónde caen esos malditos copos? ¿Quién los envía? ¿Qué extraño poder

tienen...?

Chris Miller suspiró:

—No lo sabemos, Diana. Pero la cosa, desde luego, es grave. Muy grave. Cada uno de esos copos de misteriosa sustancia amarilla, si cae sobre un ser humano, le ocasiona la muerte y después se adueña de su cuerpo, convirtiéndolo en una gigantesca y horripilante larva, capaz de devorar a un hombre en menos de un minuto. Indudablemente, esa sustancia amarillenta transporta algún extraño tipo de vida, que no puede manifestarse si no cae sobre un ser humano. Esto se desprende del hecho de que, los copos que se estrellaron contra el suelo, no se convirtieron en burbujas ni sufrieron transformación alguna. Ese misterioso tipo de vida, necesita caer sobre otra clase de vida para poder desarrollarse.

—Lo que está claro es que no se trata de un tipo de vida terrestre —opinó Brus Garrett—. Debe proceder de algún remoto lugar de nuestra galaxia. O de otra galaxia, aún más lejana. Casualmente, ha llegado a la Tierra y está tratando de instalarse en ella.

—¡Eso sería terrible, Brus! —exclamó Diana Bolker—. ¡Si estás en lo cierto, se trata nada más y nada menos que de una invasión de seres extraterrestres!

Garrett asintió gravemente con la cabeza.

—Exacto, Diana.

—¡Dile que está equivocado, Chris! —pidió la muchacha, aterrorizada. Miller la miró.

—Lo siento, Diana, pero creo que Brus ha dado en el clavo. Después de analizar todo lo ocurrido, la conclusión más lógica es la que acaba de exponer Brus. La Tierra está sufriendo una invasión. La invasión de las burbujas. Burbujas vivientes, capacitadas para matar y adueñarse seguidamente de los cuerpos de sus víctimas.

—¡Es horrible! —gritó la joven, llevándose las manos a las sienes.

Chris Miller miró a su compañero.

—Tenemos que informar a las autoridades, Brus. Advertirles de lo que está sucediendo. Quizá la invasión se esté produciendo sólo en esta región de Georgia, y sea fácil detenerla. Si tiene lugar en todo el planeta, será mucho más difícil combatirla.

—¿Y cómo vamos a ponernos en contacto con las autoridades, Chris? Estamos muy lejos de Atlanta. Nos separan unos cien kilómetros de la ciudad, y no podemos recorrer esa distancia en un helimóvil, porque las malditas burbujas bloquearían el motor y nos estrellaríamos contra el suelo, tal y como ocurrió la otra vez.

Miller, tras unos segundos de reflexión, decidió:

—Tenemos que volver a la casa de los Douglas.

—¡No! —gritó Diana, respingando.

—Es preciso.

—¡Si volvemos, los gusanos gigantes nos devorarán!

—Quizá no hayan vuelto a la casa, Diana. En cualquier caso, debemos arriesgarnos. Sólo desde allí podemos comunicarnos con las autoridades de Atlanta y ponerles al corriente de lo que ocurre. Es nuestra única posibilidad. ¿No opinas lo mismo, Brus?

—Sí, creo que sí. Tampoco a mí me hace ninguna gracia regresar a la casa de los Douglas, Diana, pero comprendo que tenemos que hacerlo. Es mucho lo que está en juego, y vale la pena arriesgar nuestras vidas para impedir que la invasión de las burbujas

continúe y se extienda por todo el planeta. Si es que no se ha extendido ya, claro.

—Confiemos en que no, Brus —repuso Chris.

Diana Bolker exhaló un suspiro, que fue más bien un gemido.

—Está bien, volvamos a la casa de los Douglas —dijo, e hizo ademán de ponerse en pie. Miller lo impidió, cogiéndola por los hombros.

—Espera, Diana.

—¿No habéis dicho que debemos volver a...?

—Sí, pero lo haremos más tarde, cuando empiece a oscurecer. Eso nos ayudará a alcanzar la casa.

—Buena idea, Chris —aprobó Garrett.

*
*
*

Las primeras sombras de la noche estaban empezando a caer.

Chris Miller, Brus Garrett y Diana Bolker se pusieron en movimiento.

En el tiempo de espera, no habían escuchado ningún rugido de larva gigante, lo que les hizo pensar que el par de

gusanotes habían perdido su rastro.
¿Habrían vuelto a casa de los Douglas...? ¿Estarían acechando cerca de ella...?

Estas eran las preguntas que se hacían Chris, Diana y Brus, mientras se aproximaban a la casa de los Douglas, caminando siempre por entre los árboles.

Afortunadamente, había muchos en aquella región.

Callados, y procurando ahogar sus pisadas, Chris, Diana y Brus siguieron avanzando, hasta divisar la hermosa casa de los Douglas.

Como alcanzar la puerta principal entrañaba un riesgo, porque tenían que cruzar la vasta explanada, Chris decidió que debían entrar por la parte de atrás, que era donde estaba el jardín.

Brus y Diana estuvieron de acuerdo, así que dieron los tres un rodeo y alcanzaron la tapia que cercaba el jardín, muy próxima a los árboles, afortunadamente.

—Yo saltaré primero —dijo Miller—, Si veo que no hay peligro, os lo haré saber y saltáis vosotros. ¿De acuerdo, Brus?

—Sí.

—Ten cuidado, Chris —suplicó Diana Bolker.

—Lo tendré, no temas —sonrió Miller, y corrió hacia la tapia.

Estaba construida de ladrillos rojos, y no era muy alta.

Unos dos

metros, a lo sumo.

Para Chris Miller no supuso ninguna dificultad trepar a ella y saltar al otro lado. Brus Garrett y Diana Bolker contuvieron la respiración.

—Que no le pase nada, Señor —musitó la muchacha. Garrett le pasó el brazo por los hombros.

—Tranquila, Diana. Chris sabe defenderse como nadie.

Transcurrieron un par de
minutos, llenos de tensión.
Después, la cabeza de Chris
Miller asomó por la tapia.
—Todo está tranquilo, podéis saltar —dijo.
—Vamos, Diana —indicó Brus, cogiendo
de la mano a la muchacha. Corrieron
hacia la tapia.
—Te ayudaré a saltar —dijo Brus, atrapando a Diana por la cintura y elevándola sin apenas esfuerzo.
La joven se agarró a la tapia.
—Aúpame un poco más, Brus, por favor —rogó.
—Tendré que poner mis manos en tu trasero —carraspeó Garrett.
—No importa.
—Allá voy.
Garrett colocó sus manos en las redondeces posteriores de la muchacha y empujó hacia arriba.
Desde el otro lado de la tapia Miller advirtió:
—No te aproveches, Brus.
—¿Quién se aprovecha? —mascculló Garrett.
—Te conozco bien.
—¡Vete al diablo!
—¡Silencio los dos! —pidió Diana Bolker, que se hallaba en lo alto de la tapia, colgando una pierna por cada lado de la misma, pues estaba sentada en ella.
El uniforme de doncella, lógicamente, se le había subido tan para arriba que sus dos piernas estaban totalmente al descubierto.
Brus admiró la perfección del
remo izquierdo de la joven. Chris
la del remo derecho.
—Qué maravilla... —murmuró este último.
—Ayúdame a bajar, Chris —pidió Diana, pasando su pierna izquierda por encima de la tapia.
—Se acabó el espectáculo —rezongó Brus.

Para Chris, en cambio, había sido doble, aunque sólo por un instante.
En esos breves segundos, pudo ver que el pantaloncito que protegía la intimidad de Diana era de color lila y apenas cubría lo justo.
Como Chris no levantaba los brazos, la joven gruñó:
—¿Me ayudas o no?
—Oh, si, en seguida —tosió Miller, alzando los brazos.
Diana se dejó caer en ellos.
Chris la abrazó con fuerza.
Así los pilló Brus, cuando salvó la tapia.
—¿No eras tú quien dijo que no me aprovechara de Diana, Chris...? —recordó, socarrón.
—No he hecho más que ayudarla a bajar la tapia, Brus.
—Ya está abajo; pero tú no la sueltas.
—Tengo miedo de que se caiga.
—¿De veras?
—Ya está bien, Chris —dijo Diana, soltándose de él.

Miller
sonrió.
—Ha sido un placer ayudarte, Diana. Y también lo fue para Brus, estoy seguro. ¿No es cierto, Brus...?
—
Claro.
—Sois un par de
pájaros, pero os doy las
gracias. Chris la cogió
de la mano.
—Vamos, estaremos más seguros dentro de la
casa que aquí en el jardín. Echaron a andar los
tres hacia la salida del jardín.
Habrían recorrido aproximadamente la mitad de la distancia que les separaba de los escalones de mármol, cuando, súbitamente, las dos monstruosas larvas nacidas de la mutación de los cuerpos sin vida de los Douglas salieron de la casa, soltando rugidos.

CAPITULO
VII

Diana Bolker dio un chillido de terror.

Las dos orugas gigantes estaban descendiendo ya los cinco escalones de mármol, mostrando sus terroríficos colmillos.

—¡Estaban en la casa, Chris! —gritó' Brus Garrett, retrocediendo ya. Chris Miller también retrocedió, tirando de la mano de Diana.

—

¡Atrás!

—¡Huyamos, Chris! ¡Saltemos de nuevo la tapia! —chilló la joven.

—¡No! ¡Tenemos que entrar en la casa o no podremos ponernos en contacto con las autoridades de Atlanta!

—¿Cómo vamos a entrar en la casa, saltando por encima de esos animales...? —exclamó Garrett.

—

¡Los burlaremos, Brus!

—¿Te importaría decirme cómo?

—¡Rodeando la piscina! ¡Corramos hacia el pie del trampolín! ¡Las larvas nos atacarán por un lado de la piscina y nosotros pasaremos por el otro! ¡Somos más rápidos que esos gusanos, alcanzaremos la puerta antes que ellos!

—¿Y después...? ¡Porque los gusanos entrarán también en la casa, no podremos impedirlo!

—
¡Ya
se
nos
ocurrirá
algo!
—
¡Está
bien,
lo que
tú
digas!
Alcanzaron los tres la
escalerilla del trampolín.
Las dos larvas gigantes
venían hacia la piscina.
Cuando estaban a punto de alcanzarla, hicieron algo con lo que Chris Miller no contaba.
¡Se
separaron!
¡Como si hubieran adivinado la
intención de los terrestres! El
plan de Chris Miller,
naturalmente, se vino abajo.
Ya no podían pasar
por un lado de la
piscina. Los gusanos
los cubrían los dos.
Si querían alcanzar la casa, tendrían que hacer frente a uno de los dos.
Y
no
tenían
con
qué.
—¡Esos bichos no son tontos, Chris! —exclamó Brus—. ¡Nos cierran ambos caminos!

—¡Huyamos, por Dios! —insistió Diana—. ¡Si no saltamos la tapia, nos devorarán! Chris Miller tuvo otra idea y gritó:

—¡A lo alto del trampolín, aprisa!

—¿Qué? —parpadeó Diana.

—¡Vamos, rápido!

La muchacha no tuvo más remedio que subir la escalerilla metálica, porque Chris la empujaba hacia arriba.

Y por el trasero, como hiciera antes Brus. Chris subió tras ella.

A causa de la brevedad del uniforme de doncella, Diana le estaba enseñando sus

preciosas nalgas, que el pantaloncito lila no cubría más que en una tercera parte.

Chris, sin embargo, no le prestó apenas atención al hermoso trasero de Diana, porque sólo tenía ojos para la pareja de espeluznantes larvas.

—¡Síguenos, Brus!

—¡Voy, aunque no comprendo nada! —barbotó Garrett—. ¡Ahí arriba estaremos atrapados! ¡No podremos bajar y los gusanos sí podrán subir!

—¡Que suban, no te preocupes!

—¿Quién se preocupa? ¡Lo único que puede pasar es que los gusanos se nos zampen! —repuso Garrett sarcástico.

—¡Se quedarán con las ganas, ya lo verás!

Diana y Chris ya estaban en lo alto del trampolín. Diana lo alcanzó también.

Las dos larvas gigantes estaban terminando de rodear la piscina.

—¿Qué haremos cuando uno de los gusanos empiece a trepar por la escalerilla, lanzarnos de cabeza a la piscina...? —preguntó Diana.

—¡Exacto!

—¡Las larvas no nos dejarán salir de ella, Chris! ¡Y hasta es posible que se lancen al agua, para devorarnos en ella!

—¡No nos alcanzarán si nadamos con rapidez, ganamos la

escalerilla lateral y salimos a toda prisa de la piscina!

—¡No lo conseguiremos, Chris! —advirtió Garrett.

—¡No seas pesimista, Brus! ¡Vamos, preparaos para saltar! ¡Una de las larvas está empezando a trepar!

Era cierto.

Ambas orugas habían alcanzado la escalerilla del trampolín, y como desde abajo no tenían la menor probabilidad de devorar a los terrestres, no dudaron en trepar a lo lato del trampolín, lo cual no suponía ninguna dificultad para ellas.

Lo que no podían era subir las dos a la vez, debido a la estrechez de la escalerilla metálica. Por eso trepó una, y la otra se dispuso a seguirla.

Chris Brus esperó hasta que vio asomar la cabezota de la larva en lo alto de la escalerilla. Entonces gritó:

—¡Ahora!

Se lanzaron los tres a la piscina, emergieron con rapidez y comenzaron a bracear con furia en dirección a la escalerilla lateral.

La oruga que había trepado primero vaciló en la tabla del trampolín. Parecía dudar entre lanzarse al agua o retroceder. Finalmente, se decidió por lo primero.

La otra larva, en cambio, como todavía estaba trepando por la escalerilla cuando vio saltar a los terrestres, descendió con rapidez y se dispuso a impedirles la salida de la piscina.

Los bichos, desde luego, eran bastante inteligentes.

Chris Miller vio que uno de los gusanotes se arrojaba a la piscina.

—¡Nadad más rápido! ¡Una de las larvas se ha lanzado al agua!

Diana Bolker y Brus Garrett redoblaron sus esfuerzos por alcanzar cuanto antes la

escalerilla lateral, porque corrían el riesgo de perder una pierna de una dentellada, si la larva que les perseguía se acercaba demasiado.

Afortunadamente, alcanzaron la escalerilla sin perder ninguna de sus extremidades inferiores.

Brus Garrett fue el primero en salir de la piscina.

—¡De prisa, muchachos! —gritó, descubriendo a la otra oruga, la que tenía intención de impedir que salieran de la piscina.

El bicho venía a la carrera.

Brus agarró de un brazo a Diana y la sacó de la piscina como un pescador saca un salmonete con su caña. Es decir, de un tirón y sin esfuerzo ninguno.

Chris salió a continuación, gritando:

—¡Corred hacia la casa! ¡La larva se nos echa encima!

Era verdad.

El animalote estaba tan cerca, que parecía que iba a destrozar con sus terribles colmillos a alguno de los terrestres.

Por si faltaba algo, la otra oruga estaba saliendo ya de la piscina, rugiendo de rabia por no haber conseguido atrapar a ninguno de los tres.

Chris, Diana y Brus se lanzaron como dardos hacia los escalones de mármol.

Brus llevaba de la mano a Diana.

Menos mal, porque la muchacha sufrió una caída en la alocada carrera y hubiera quedado a merced de las monstruosas larvas.

No fue así, ya que Brus la levantó en un santiamén y la joven pudo seguir corriendo. Chris fue el primero en alcanzar la puerta de la casa.

—¡Adentro, rápido!

Brus y Diana se introdujeron velozmente en la casa. Chris lo hizo tras ellos y cerró la puerta.

Aunque sospechaba que no serviría de nada, porque las larvas gigantes no tendrían que esforzarse mucho para destrozarla y continuar la persecución en el interior de la casa.

CAPITULO VIII

—¿Qué hacemos ahora, Chris? —preguntó Brus Garrett, jadeante por la frenética carrera.

También Diana Bolker respiraba agitadamente, lo que hacía subir y bajar sus redondos senos de forma excitante. Especialmente porque el chorreante uniforme se había pegado a su cuerpo como una segunda piel y marcaba con todo detalle sus protuberancias pectorales, así como el resto de sus curvas.

Chris Miller miró a la muchacha, pero no para deleitarse contemplando sus tentadoras formas, pues no había tiempo para ello.

—¿Sabes si hay algún arma en la casa, Diana? —preguntó.

—¡Sí, una escopeta de caza! ¡La utilizaba Alfred Douglas!

—¡Magnífico! ¿Dónde la guardaba?

—¡En su despacho!

—¡Llévanos allí, rápido!

—¡Seguidme!

Diana echó a correr, seguida de Chris y Brus.

Justo en el instante en que los tres se disparaban, la puerta

que daba al jardín saltaba hecha pedazos y las dos larvas gigantes irrumpían en la casa, rugiendo como locas. Brus Garrett volvió un momento la cabeza.

—¡Ya las tenemos ahí, Chris!

—¡Corred, corred! ¡Necesitamos la escopeta de Alfred Douglas!

—¡Esperemos que esté cargada, porque si no...!

—¡No seas gafe, Brus!

—¡Perdona!

Sin dejar de correr en dirección al despacho de Alfred Douglas, Diana Bolker informó:

—¡El señor Douglas tenía también una pistola de rayos ultravioleta!

—¿De veras? —exclamó Chris Miller. .

—¡Sí, se la vi una vez!

—¿Dónde?

—¡En su despacho! ¡Creo que también la guardaba allí, en

uno de los cajones de la mesa!
—¡Ojalá los encontremos! ¡Con una escopeta de caza y una pistola de rayos ultravioleta, Brus y yo podemos hacer frente a todo un regimiento de larvas gigantes! ¿No es cierto, Brus...?
—¡Si tú lo dices, verdad será! —barbotó Garrett.
—¡Allí está el despacho! —exclamó Diana, señalando la puerta.
—¡Y ahí detrás, pisándonos los talones, las dos orugas gigantes! —recordó Brus.
—¡Entremos, rápido! —dijo Chris, volviendo un instante la cabeza.
Las dos larvas, en efecto, los perseguían velozmente, dando dentelladas al aire. Diana, Chris y Brus se metieron rápidamente en el despacho.
Chris cerró la puerta.

Diana apuntó a la pared de la izquierda, en la que colgaba la escopeta de caza de Alfred
Douglas.
Un arma magnífica, que disparaba cartuchos explosivos.
—¡Ahí está la escopeta! —indicó la muchacha.
—¡Cógela tú, Brus! —gritó Chris—. ¡Yo buscaré la pistola de rayos ultravioleta! Garrett corrió por la escopeta.
Miller hacia la mesa.
Diana también corrió hacia la mesa.
Chris y ella empezaron a abrir los cajones. Miller ya tenía la escopeta en las manos.
—¡Está cargada, Chris!
—¡Magnífico!
—¡Aquí está la pistola, Chris! —exclamó Diana, tomándola del último cajón que acababa de abrir.
—¡Dámela!

La muchacha se la entregó con rapidez.
—¡Te lo has ganado, preciosa! —dijo Chris, y le dio un beso en los labios.
—¡Fresco! —exclamó Diana, aunque no estaba en absoluto enfadada. Incluso tuvo que disimular una sonrisa.
Chris hubiera querido decirle algo más, pero ya no hubo tiempo.
La puerta del despacho acababa de estallar, al recibir la tremenda embestida de una de las colosales larvas.
—¡Dispara, Brass! —rugió Miller, accionando ya el disparador de la pistola.
El rayo ultravioleta alcanzó de lleno la cabezota de la oruga, abrasándola con su terrible poder calorífico.
Apenas un segundo después, la escopeta de caza de Alfred Douglas, firmemente empuñada por Brus Garrett, empezaba a tronar.
La bala explosiva se incrustó en el enorme ojo oval de la bestia, y cuando estalló, ocasionó un tremendo destrozo en el interior de la monstruosa cabeza de la oruga.
El animalote lanzó un terrible bramido de muerte y se desplomó en la misma puerta del despacho, con la mitad delantera de su cuerpo dentro y la mitad trasera fuera, bloqueándola literalmente.
La otra larva saltó por encima del cadáver de su compañera, soltando bramidos de furia.
—¡Duro con ésa, Brus! —gritó Chris, disparando de nuevo la pistola de rayos ultravioleta. Garrett hizo funcionar otra vez la magnífica escopeta.
Ninguno de los dos erró su disparo, y la horrenda larva se derrumbó emitiendo un espantoso alarido, con la cabeza abrasada por fuera y destrozada por dentro.
De lo primero se había encargado el rayo calorífico; de lo

segundo, la bala explosiva.
El penetrante y nauseabundo olor que despedían las dos orugas muertas, impregnó rápidamente todo el despacho.
Sin embargo, Chris, Diana y Brus no parecieron darse cuenta de ello. En lo único que pensaban era en la pareja de larvas.
¡Estaban muertas! ¡Habían podido con ellas!

¡Se encontraban los tres a salvo!

De pronto, Brus Garrett dio un brinco y rugió:

—¡Viva...! ¡Nos hemos cargado a los dos gusanotes! Diana Bolker dio también un salto y se puso a aplaudir.

—¡Viva, viva, viva...!

Chris Miller, en vez de saltar como un mono y lanzar vivas, prefirió abrazar a Diana Bolker y darle un beso en los labios, mucho más largo y apasionado que el de antes.

La muchacha, durante algunos segundos, permaneció como muerta entre los brazos de Chris, sin capacidad de reacción, literalmente atontada por la fuerza y la pasión del beso. Y cuando al fin reaccionó, no fue para atizarle un puntapié a la espinilla a Chris, ni para arañarle la cara, ni para tirarle del pelo o las orejas.

Lo que hizo fue cercar el cuello masculino con sus brazos y devolver el beso con el mismo ardor y la misma vehemencia que Chris Miller ponía en él.

Brus Garrett se quedó mirándolos perplejo.

—Esa sí que es una buena forma de celebrar la muerte del par de gusanos... —murmuró, envidiando a su compañero.

Como el tiempo iba pasando y Chris y Diana no parecían sentir el menor deseo de separar sus labios ni sus cuerpos, todavía mojados, lo que hacía más excitante el estrecho

abrazo, Brus decidió separarlos por su cuenta, porque se le estaban poniendo los dientes largos y ya no podía resistir más.

Sin embargo, no llegó a hacerlo.

Y no lo hizo porque acababa de descubrir algo que le puso todos los pelos de punta.

—¡Chris...! —chilló, haciendo un gallo con la voz.

CAPITULO
IX

Chris Miller y Bolker y Diana Bolker interrumpieron el beso y se separaron alarmados por el chillido de Brus Garrett.

No fue necesario que el rubio explicara nada.

Chris y Diana lo estaban viendo ya con sus propios ojos, agrandados por la sorpresa.

Y es que, realmente, había motivos para sorprenderse, para alarmarse, e incluso para aterrorizarse.

Se trataba de los cadáveres del par de larvas gigantes.

Sus cuerpos estaban iniciando un proceso de transformación. Se estaban convirtiendo en otra cosa.

¿Qué ocurriría después, cuando hubiese concluido el proceso de mutación?

¿Volverían a la vida aquellos dos seres, una vez adquirida una fisonomía distinta?

Era lo que Chris, Diana y Brus se preguntaban, mientras contemplaban la sorprendente transformación de las espantosas orugas.

Por si acaso, Chris tenía dispuesta la pistola de rayos ultravioleta. Y Brus la escopeta de balas explosivas.

Diana contenía la respiración.

Eran momentos de gran tensión y la aterrada muchacha no se atrevía ni a parpadear. El proceso de mutación de los cuerpos sin vida de las larvas gigantes continuó.

De pronto, Diana musitó:

—Dios mío... ¡Se están convirtiendo en seres humanos! —exclamó a continuación. Efectivamente, los cuerpos de las orugas muertas estaban adoptando una apariencia totalmente humana.

Se estaban convirtiendo, más concretamente, en un hombre y una mujer. No cabía la menor

duda de ello.
Y se advertían claramente
los pechos de la mujer. Y
los órganos genitales del
hombre.
Sin embargo, sus rostros seguían
difuminados, borrosos, irreconocibles. A pesar
de ello, Diana chilló:
—¡Son Alfred y Erika Douglas...!
Después, sufrió un desvanecimiento y se derrumbó.

*
*
*

Por fortuna, detrás de Diana Bolker estaba el sillón de Alfred Douglas, y la muchacha cayó sobre él.
Chris Miller y Brus Garrett presenciaron, estremecidos, el final de la increíble transformación.
Sí, eran Alfred y Erika Douglas.

Los cadáveres de Alfred y Erika Douglas, más concretamente, porque saltaba a la vista que los dos estaban muertos. Los síntomas de la asfixia que les arrancara la vida, cuando se encontraban atrapados en el interior de las malditas burbujas amarillas, eran evidentes.

Ambos tenían una expresión horrorosa.

Sobrecogedora.

Espantosa de verdad.

Chris Miller y Brus Garrett contemplaban, pálidos, los desnudos cuerpos de los Douglas.

—Esto hay que verlo para creerlo, Chris... —murmuró el rubio.

—Tienes razón, Brus.

—¿Por qué no sucedió lo mismo con las otras larvas que matamos?

—Sí que debió ocurrir, sólo que nosotros ya no estábamos allí para verlo.

—¿Quieres decir que...?

Miller asintió levemente con la cabeza.

—Los cadáveres de Ingrid y Sarah deben estar junto al río, tirados sobre la hierba, desnudos, con esa terrible expresión de asfixia en el rostro, como los Douglas.

—Cielos, es espantoso... —

musitó Garrett.

Miller añadió:

—Ese extraño tipo de vida del que hablamos, cuando perece, pierde lógicamente todo su poder, y ya no puede mantener la apariencia física que adquirió transformando el cuerpo muerto del ser humano que eligió para manifestarse en él. Por eso los Douglas han recobrado su aspecto, a los pocos minutos de haber acabado nosotros con las dos larvas gigantes. Y lo mismo ocurrió con Ingrid y Sarah, estoy seguro. Lo que no recobrarán, desgraciadamente, es la vida. Murieron asfixiadas en el interior de las burbujas amarillas, por falta de aire, y eso ya no tiene remedio.

—Es evidente que no, Chris.

—Cubre con algo los cuerpos de los Douglas, Brus. Yo, mientras tanto, me ocuparé de Diana. Se ha desmayado de la impresión.

—No me extraña.

*
*
*

Cuando Diana Bolker volvió en sí, ayudada por Chris Miller, Brus Garrett ya había cubierto los cuerpos sin vida de Alfred y Erika Douglas con una cortina, la cual había arrancado de la

ventana del despacho.

Chris acarició el rostro de la muchacha, muy falto de color.

—¿Cómo te sientes, Diana?

—¿Qué me pasó, Chris...?

—Sufriste un desvanecimiento al reconocer a los Douglas.

La joven miró inmediatamente hacia la puerta del despacho.

—¡Los Douglas! —exclamó.

—Están muertos, Diana. Y tienen una expresión horrible. Por eso le dije a Brus que los cubriera. No es agradable contemplarlos, ni para ti ni para nosotros,.

—¿Cómo es posible que...?

—La transformación se repitió, sólo que a la inversa. La provocó la muerte de las larvas.

—¡Es horroroso!

—Tranquilízate, Diana. Al menos, ahora, los cuerpos de los Douglas podrán ser enterrados. Como los de Ingrid y Sarah.

—¿Qué?

Miller explicó a la muchacha que, con la muerte de las otras dos larvas gigantes, debió repetirse también la transformación de sus horribles cuerpos, recobrando los cadáveres de Ingrid y Sarah su aspecto normal.

Diana Bolker, temblorosa, preguntó:

—¿Habéis informado ya a las autoridades?

—Todavía no —respondió Chris.

—Pero vamos a hacerlo en seguida —dijo Brus—. Llama tú, Chris. Hay un videoteléfono sobre la mesa.

Miller

titubeó. Garrett, extrañado, se acercó:

—¿Qué ocurre, Chris? ¿Prefieres que llame yo?

—No, no es eso.

—¿Entonces...?

—Sospecho que las autoridades no nos van a creer, Brus.

—¿Por qué no?

—Lo que ha ocurrido es tan fantástico que sólo presentando pruebas tangibles puede creerse. Nosotros las teníamos, pero han desaparecido.

Diana intervino:

—¿Te refieres a los cuerpos de las larvas muertas?

—Claro.

—¡Tenemos los cuerpos de los Douglas, Chris! ¡Y encontraremos también los cuerpos de Ingrid y Sarah, junto al río! —exclamó Garrett. Miller le

miró.

—Esos cuerpos no demuestran nada, Brus. Sólo que los Douglas, Sarah e Ingrid murieron asfixiadas, las autoridades pueden pensar, incluso, que los matamos nosotros.

—¡No digas tonterías, Chris! ¿Cómo van a pensar eso de nosotros?

—Si nos toman por locos, pueden pensar cualquier cosa.

—¿Locos...? —parpadeó cómicamente Garrett.

—No me extrañaría nada, Brus. Tú mismo, hace unos minutos, dijiste que esto había que verlo para creerlo, y yo te di la razón. Hablar de gigantescos copos amarillentos, de enormes burbujas transparentes, de personas que quedan atrapadas en ellas y mueren asfixiadas, para luego transformarse en colosales y espantosas larvas, y que éstas, al morir, devuelven a sus víctimas su aspecto natural... Es demasiado fantástico, reconócelo. Nadie nos creerá.

Garrett no replicó esta vez.

Se limitó a mirar a Diana Bolker.

La muchacha se mordió el labio inferior, nerviosamente.

—Me temo que Chris tiene razón, Brus. Yo misma, si alguien me hubiera contado una historia como ésta, lo hubiese tachado de loco perdido. Y si las autoridades piensan que somos enfermos mentales, nos encerrarán en un manicomio. Habiendo cuatro cadáveres, es lógico que nos consideren unos locos muy peligrosos.

Las palabras de Diana acabaron de convencer a Brus, quien preguntó:

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—A pesar de todo, avisar a las autoridades —decidió Chris.

—¡Yo no quiero que me encierren en un manicomio!

—Tenemos que hacerlo, Brus. No podemos quedarnos cruzados de brazos mientras la invasión de las burbujas continúa. Hay que combatirla y sólo las autoridades disponen de los medios adecuados para hacerlo. Tenemos que convencerlas como sea.

—No lo conseguiremos, Chris —opinó Diana.

—Debemos intentarlo. Es lo único que podemos hacer —repuso Miller, y efectuó la llamada.

CAPITULO X

Kurt Simmons, comisario jefe de la policía de Atlanta, era un cuarentón alto y fornido, de pelo negro y rizado, grandes orejas y mandíbula cuadrada.

Con él habló Chris Miller.

Se lo contó todo, desde el principio al final.

Y con toda clase de detalles, para que dudara menos de la veracidad de la historia. A pesar de ello, el comisario Simmons dudó.

Y mucho.

Sin embargo, supo disimularlo muy bien.

Brus Garrett y Diana Bolker estaban sorprendidos de que el comisario Simmons no llamase loco a Chris Miller, y dijeron que los tres necesitaban una camisa de fuerza.

Chris Miller, más que sorprendido, estaba mosqueado.

No se fiaba un pelo de la actitud del comisario jefe, que sospechaba falsa.

—Me cree usted, ¿verdad, comisario Simmons? —preguntó.

—Naturalmente, Miller.

—¿No le parece fantástica mi historia?

—Por supuesto que sí. Pero, en los tiempos que vivimos, cualquier cosa es posible. Estamos en pleno siglo XXI, nuestras astronaves llegan cada vez más lejos, descubren nuevos mundos, nuevas estrellas, nuevas formas de vida... Por eso no me parece imposible que la Tierra esté siendo invadida por esas extrañas y gigantescas burbujas, tan peligrosas ellas. Nuestro planeta es un mundo muy hermoso, y las cosas preciosas siempre apetece conquistarlas. Como sucede con las mujeres, sin ir más lejos.

—La cosa es muy seria, comisario.

—Ya lo creo que lo es —asintió Simmons.

—¿Qué piensa hacer?

—Movilizar todas las fuerzas disponibles. Y lo haré inmediatamente. Ustedes tres, no se muevan de ahí. No deben abandonar la casa de los Douglas, pase lo que pase. Correrían un gran peligro fuera de ella. Nosotros llegaremos en unos minutos y los rescataremos.

¿Entendido, Miller?

—Sí, comisario.

—En seguida salimos hacia allí, no se preocupen.

—Gracias, comisario.

Kurt Simmons cortó la comunicación y su imagen desapareció de la pantalla del videoteléfono.

*

*

*

Brus Garrett y Diana Bolker se pusieron a saltar de alegría.

—¡Nos han creído, nos han creído! —exclamó el primero.

—¡La invasión de las burbujas podrá ser

combatida! —dijo la muchacha. Chris Miller los miró a los dos, serio.

—Estáis equivocados. El comisario Simmons no creyó una sola palabra de lo que le dije. La alegría de Brus y Diana se enfrió rápidamente.

El rubio preguntó:

—¿Por qué dices eso, Chris?

—Es la verdad, Brus.

—Pero, el comisario Simmons dijo que... —murmuró Diana.

—Se limitó a seguirme la corriente. ¿Y sabéis por qué lo hizo? Para poder atraparnos en esta casa. Por eso nos pidió que no la abandonemos. El y sus hombres vendrán y nos apresarán. El comisario Simmons, como ya nos temíamos, nos ha tomado por locos y piensa que nosotros asesinamos a Ingrid, Sarah y los Douglas. Y no quiere que matemos a nadie más.

Garrett dio una patada en el suelo.

—¡Maldito zorro! ¡Estuvo fingiendo todo el rato! —rugió, enfurecido.

—A mí no me engañó, Brus.

—¿Qué vamos a hacer, Chris? —preguntó Diana.

—¡Larguémonos inmediatamente! —respondió Garrett.

—No, Brus —dijo Miller.

—¿Cómo que no? ¿Acaso prefieres que el comisario Simmons y sus hombres nos apresen?

—Seguramente lo harán, pero confío en que ocurra algo antes de que nos encierren en un manicomio.

—¿Como por ejemplo...?

—Ingrid y Sarah fueron atacadas por ese extraño tipo de vida que sólo Dios sabe de dónde procede. Nosotros también. Y los Douglas. Tal vez el comisario Simmons y sus hombres se vean atacados también. Entonces no tendrán más remedio que creernos. Si empiezan a caer enormes copos de sustancia amarillenta sobre sus cabezas...

—¡Los copos! —exclamó Diana Bolker, respingando—. ¡Puede ser la prueba que necesitamos para convencer al comisario Simmons!

—¿Y si no cae ninguno...? —repuso Garrett.

—¡No me refiero a los que puedan caer, sino a los que cayeron ya! —exclamó la muchacha—. ¡En la explanada que hay frente a la casa cayeron tres! ¡Y junto al río cayeron varios, según me contasteis vosotros! ¡Incluso cayó uno sobre las hélices de tu helimóvil, Chris! ¡Cuando el comisario

Simmons y sus hombres los vean, comprobarán que decimos la verdad, que no estamos locos!

Ahora fue Garrett el que respingó.

—¡Diana tiene razón, Chris! ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

Miller esbozó una triste sonrisa.

—A mí sí se me ocurrió, Brus, pero tuve que descartar la idea en seguida.

—¿Por qué?

—Pues, sencillamente, porque todos los copos que no cayeron sobre seres vivientes, han desaparecido.

—¿Cómo lo sabes?

—Me di cuenta cuando regresamos a esta casa. Los tres copos que cayeron en la explanada ya no estaban. O bien se desintegraron, o bien se los comieron las larvas. Y lo

mismo debió ocurrir con los copos que sí cayeron sobre seres vivientes, y se convirtieron en burbujas. Nosotros, junto al río, no encontramos burbuja alguna. Y tampoco en el jardín de esta casa. Diana nos contó que echó a correr, despavorida, cuando vio que los cuerpos sin vida de los Douglas se transformaban en monstruosas larvas y que éstas salían de las burbujas. ¿No es cierto, Diana?

—Sí, así fue —asintió la muchacha.

—No pudiste ver, pues, lo que ocurría con las dos burbujas.

—No, salí disparada. Las horrorosas larvas me habían descubierto y ya venían hacia mí, dando unos rugidos escalofriantes.

—Es evidente, pues, que ambas burbujas quedaron junto a la piscina, vacías. Pero, cuando yo salté la tapia, ya no estaban. No había ni rastro de ellas. Sólo ese nauseabundo olor, flotando en el aire. Pero el hedor que despiden tanto los copos como las larvas gigantes, no es prueba suficiente para convencer al comisario Simmons. Tienen que caer nuevos copos para que nos crea. O aparecer alguna larva gigante. Sólo así se convencerá.

Garrett soltó un gruñido.

—Repito lo que dije antes. ¿Qué pasará si no cae ningún nuevo copo de esa maldita sustancia, ni aparece ninguna larva gigante?

Miller no respondió.

Tampoco Diana

Bolker dijo

nada. Garrett

emitió otro

gruñido y

rezongó:

—Ya me veo embutido en una camisa de fuerza.

*

*

*

Brus Garrett vigilaba el exterior, situado junto a la ventana del despacho, con la escopeta de balas explosivas en las manos.
Todo estaba tranquilo.
Nadie diría que allí había pasado lo que había pasado.
Brus miraba el cielo de cuando en cuando, esperando ver aparecer los helimóviles de la policía.
Chris Miller y Diana Bolker estaban sentados en el sofá del despacho, cuya puerta vigilaba Chris, que seguía empuñando la pistola de rayos ultravioleta.
En el suelo, cubiertos por la cortina, continuaban los cuerpos sin vida de Alfred y Erika
Douglas.
Chris miró a Diana.
—Te podrías haber cambiado de ropa.
—¿Por qué?
—Tu uniforme está húmedo y eso no es bueno para el cuerpo.
—Ya está casi seco.
Como tu camisa y el
pantalón. Miller se tocó
las perneras.
—Sí, es cierto. A ver tu uniforme...
Con la excusa de palpar el uniforme, puso su mano sobre los torneados muslos de la muchacha, y allí la dejó.
—Tienes razón, está casi seco —dijo.

—¿Y cómo están mis piernas?
—Secas, también. Aunque un poco frías.
—Por eso me las estás masajeando, ¿no?
—Claro.
—Tienes más cara que un reloj de pared.
Miller rió, pero no retiró la mano de los preciosos muslos femeninos.
—Me gustas, Diana.
—Ya me doy cuenta.
—¿No te gusto yo?
—Un poco.
—¿Sólo un poco...?
—¿Qué esperabas oír, que estoy loca por ti?
—Bueno, tanto como eso, no. Pero cuando te besé...
—¿La primera vez o la segunda? Porque me besaste dos veces...
—El primer beso fue apenas un roce labial, porque no había tiempo para más. Yo me refería al segundo. Fue un beso prolongado y ardoroso. Y por parte de los dos, si no recuerdo mal.

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Con mis palabras?

—Con tu mano, cada vez se va más' para arriba. Miller tosió.

—Tus caderas también están un poco frías.

—Te estás ganado una bofetada, Chris.

—¿Qué tengo que hacer para ganarme un beso?

—No aprovecharte de mí.

—Diana, por favor. Tú sabes que no me estoy aprovechando. Sólo son unas caricias sin importancia, carentes de toda maldad.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra. Pero, como parece que no te fías de mí, dejaré de acariciarte las piernas.

Miller hizo ademán de retirar su mano, pero Diana Bolker se la cogió y la retuvo sobre sus muslos.

—No te enfades, hombre, sí que me fío de ti.

—

¿De veras?

—Creo que no eres un mal tipo. Y Brus tampoco. Os debo la vida a los dos.

—Olvídate de eso ahora y dame el beso que me prometiste.

—¿Cuándo te hice yo semejante promesa?

—Hace un minuto.

—No lo recuerdo.

—Te refrescaré la memoria —dijo Miller, y besó los rojos labios de la muchacha, suavemente, como preparándolos para otro beso más intenso y profundo.

Diana Bolker no protestó, porque ella también deseaba que Chris Miller la besara con pasión.

Chris la abrazó y la besó así.

Brus los vio y rezongó:
—Este Chris no pierde ninguna oportunidad de ligar...
Estaba pensando en decirles algo, para que interrumpiesen el fervoroso beso, cuando aparecieron unas luces en el cielo.
—¡Ahí llegan el comisario Simmons y sus hombres, Chris! —exclamó Brus.

CAPITULO
XI

Chris Miller separó su boca de la de Diana Bolker.
—Está visto que tú y yo no podemos besarnos a gusto, preciosa. Siempre nos interrumpe algo.
—La próxima vez tendremos más suerte, ya verás —sonrió la muchacha, acariciándole el rostro.
—Vamos hacia la ventana.
—Sí.
Se levantaron del sofá y se dirigieron hacia la ventana.
Los helimóviles de la policía ya se estaban posando en la vasta explanada. Eran cuatro aparatos, exactamente.
Y en cada uno de ellos viajaban cuatro agentes de la ley. Todos saltaron al suelo, armados con fusiles de rayos láser.
El comisario Simmons y ocho policías se encaminaron hacia la casa. Los otros siete agentes quedaron vigilando los helimóviles.
Brus Garrett dio un nervioso respingo.
—¡Vienen a por nosotros, Chris!
—No pierdas la calma, Brus.
—¡Es que no está pasando nada! ¡No cae ningún copo amarillo, ni aparece ninguna larva gigante!
—Tranquilo, estoy seguro de que algo ocurrirá. Sin embargo, nada ocurrió.
El comisario Simmons y los ocho agentes que le acompañaban alcanzaron la casa y penetraron en ella, por la puerta principal.
Garrett se volvió hacia su compañero, más nervioso que antes.

—¡Sigue
sin
pasar
nada,
Chris!
Miller no
respondió.
Estaba
mirando
al
cielo.
Fijamente.
Con la esperanza de que cayera algún copo de sustancia amarilla de él, buscando el cuerpo de alguno de los policías que vigilaban los helimóviles.
Pero en el cielo no aparecía ninguno de aquellos peligrosos copos.
—Estamos perdidos, Chris —murmuró Diana Bolker, cogiéndose del brazo de él.
—Todavía es pronto para decir eso. No perdamos la fe.
—¡Yo no la he perdido! —exclamó Garrett—. ¡Larguémonos, Chris! ¡Aún podemos escapar de la policía por la puerta del jardín! ¡Saltaremos de nuevo la tapia!
—¿Por qué quieren escapar de nosotros, Garrett...? —preguntó el comisario Simmons,
que en aquel momento entraba en el despacho, acompañando a sus hombres.
—¡Ahora sí que estamos perdidos de verdad! —masculló Brus. Diana se abrazó a Chris.
—Debimos hacer caso a Brus —murmuró.
Miller se mantuvo callado, mirando al comisario Simmons y a los ocho agentes, que les apuntaban con los fusiles de rayos láser.

El comisario jefe hizo una leve indicación a uno de sus hombres. El policía se agachó y descubrió los cadáveres de Alfred y Erika. Kurt Simmons les echó una ojeada.

—Los Douglas, ¿no? —preguntó.

—Sí —respondió Chris.

—Con claros síntomas de asfixia en sus rostros, tal y como usted dijo.

—Así es.

—Y murieron en el interior de unas gigantescas burbujas amarillas, que se formaron de unos enormes copos de una extraña y nauseabunda sustancia que cayeron del cielo...

—Efectivamente.

—Después, sus cuerpos sin vida se transformaron en monstruosas larvas...

—Aunque usted no lo crea, es verdad.

—Por supuesto que lo creo, Miller —sonrió Simmons.

—No, no lo cree. Pero no importa, comisario. Nosotros sabemos que es cierto. Luchamos contra esas monstruosas larvas, estuvimos a punto de ser devorados por ellas, pero finalmente logramos destruirlas y pudimos ponernos en contacto con usted, informándole de todo. Era nuestro deber y cumplimos con él, aunque sabíamos que corríamos el riesgo de que nos tomara usted por locos y decidiera arrestamos, al no poder presentarle pruebas que demuestren la veracidad de nuestra historia, tan fantástica como real. Ahora, la responsabilidad de lo que pueda suceder ya no es nues- tra, comisario Simmons, sino exclusivamente suya. Arréstenos, si quiere, y enciérrenos en un manicomio. No pensamos oponer la menor resistencia. Ahí tiene mi pistola.

El comisario jefe atrapó al vuelo el arma que acababa de lanzarle Chris Miller.

—Entrégales también tu escopeta, Brus —indicó Chris.

Garrett tuvo unos segundos de

vacilación.
Después, arrojó con rabia la escopeta a los policías.
Uno de los agentes la cazó por el aire.
Chris Miller añadió:
—Ya estamos desarmados, comisario. ¿Nos sigue considerando unos locos peligrosos a pesar de ello?
Kurt Simmons titubeó en la respuesta.
Su desconcierto era evidente, tras las frías y serenas palabras de Chris Miller, rematadas con la entrega voluntaria de su pistola de rayos ultravioleta y pidiendo a Brus Garrett que hiciera lo propio con su escopeta de balas explosivas.
—No habla usted como un loco, Miller, tengo que reconocerlo. Sin embargo...
—No puede creer nuestra historia, ¿verdad?
—No, no puedo. Es demasiado fantástica.
—Entonces, arréstenos. Pero le advierto una cosa, comisario. La invasión de las burbujas continuará, más hombres y mujeres inocentes morirán asfixiados dentro de ellas, y sus cuerpos se convertirán en gigantescas larvas, que a su vez atacarán y devorarán a otras personas. De todas esas muertes, el único culpable será usted, por no haber tenido la valentía de tomar las medidas adecuadas para combatir la invasión de esos seres llegados de algún mundo lejano en forma de enormes copos amarillos.
El comisario jefe vaciló de nuevo.

—Si al menos pudieran presentarme una pequeña prueba de que lo que dicen es cierto...
—Desgraciadamente, no podemos. De todo lo que ha pasado, sólo queda este desagradable olor que impregna esta habitación, la casa entera, y sus alrededores.
—Ya lo he advertido.
—Eso no demuestra nada, ¿verdad, comisario?
—Me temo que no.
—Ya lo suponía.
—Tendrán que venir con nosotros, Miller.
—Una forma muy amable de hacernos saber que estamos arrestados.
—Lo siento, créame.
Chris echó una última mirada por la ventana. Todo seguía igual.
Los siete agentes vigilaban los cuatro helimóviles, absolutamente tranquilos.
Chris lanzó un suspiro y dijo:
—Cuando quiera, comisario Simmons.
—Acompáñennos, por favor —rogó el comisario jefe, saliendo del despacho. Chris, Diana y Brus le siguieron.
Los ocho agentes salieron tras ellos.
Se dirigieron todos a la puerta principal.
Apenas salir de la casa, el comisario Simmons se quedó parado. Y horrorizado por lo que sus ojos estaban viendo.
Tenía motivos para ello, desde luego.

CAPITULO XII

Los siete policías que vigilaban los helimóviles posados en la explanada que la casa de los Douglas tenía frente a sí, habían sido atacados por aquel extraño tipo de vida llegado a la Tierra en forma de enormes copos amarillentos.

Los siete hombres, pillados por sorpresa, no habían podido esquivar la repentina lluvia de gigantescos copos, resultando alcanzados todos ellos.

La glutinosa y pestilente sustancia se había deslizado velozmente por los cuerpos de los agentes, envolviéndolos totalmente en sólo unos segundos.

Los policías no habían tenido tiempo de utilizar sus fusiles de rayos láser, que ahora yacían en el suelo, tirados.

Afortunadamente, ninguno de los agentes había muerto asfixiado, todavía, aunque la verdad es que no faltaba mucho para ello. El aire, en el interior de las burbujas que se habían formado, era casi inexistente.

Los siete hombres boqueaban angustiosamente, mientras luchaban con desesperación por escapar de sus respectivas burbujas, pero esto era imposible.

No había forma humana de perforar las paredes pegajosas de aquellas malditas esferas amarillas, tan resistentes, que parecían tener la fuerza de diez hombres. Eran una trampa perfecta.

Terrible.

Mortal.

Chris Miller, Diana Bolker y Brus Garrett lo sabían mejor que nadie.

Por eso, y en vista de que el comisario Simmons y sus hombres no conseguían reaccionar, Chris agarró del brazo a Kurt Simmons y lo zarandeó violentamente.

—¡No se quede como una estatua, comisario! ¡Tenemos que hacer algo! ¡Siete de sus

hombres se están asfixiando dentro de esas malditas burbujas amarillas!
Los zarandeos y las palabras de Chris Miller devolvieron al comisario Simmons a la cruda y angustiosa realidad.
—¡Disparad contra las burbujas, muchachos! —ordenó—. ¡Tenemos que perforarlas, para que nuestros compañeros puedan respirar! ¡Y apuntad con cuidado, no vayáis a herirlos a ellos!
Los ocho agentes se llevaron los fusiles a la cara, apuntaron cuidadosamente, y comenzaron a disparar contra las burbujas.
—¡Devuélvame la pistola, comisario! —pidió Chris.
—
¡Tenga, Miller!
—
¡Gracias!
Chris apuntó a una de las burbujas y accionó el gatillo.
Brus también quería ayudar, pero no pidió la escopeta de balas explosivas, pues sabía que no podía utilizarla contra las malditas burbujas amarillas.
Necesitaba otro tipo de arma.
Brus se fijó en que el comisario Simmons, además del fusil de rayos láser que estaba manejando en aquellos momentos, llevaba una pistola al cinto.
Sin pensárselo dos veces, el rubio le arrebató la pistola a Simmons y preguntó:

—¿Qué dispara esto, comisario?

—¡Rayos láser!

—¡Lo que estaba necesitando!

—¡Apunte bien, Garrett!

—¡Descuide, comisario! ¡Donde pongo el ojo, pongo la piedra!

—¡Eso no es una honda, es una pistola!

—¡Es un decir, comisario! —rió Brus, y comenzó a disparar contra las burbujas.

Con los disparos de rayos láser y rayos ultravioleta, se conseguía muy poco, pues si bien conseguían perforar las paredes de las burbujas, la pegajosa sustancia que las formaba se encargaba de cubrir inmediatamente el agujero. Tan rápidamente, que apenas dejaba entrar aire en el interior de la burbuja, por lo que la situación de los siete policías atrapados en ellas seguía siendo desesperada.

Dos de ellos se desplomaron. Acababan de morir, asfixiados.

Otro agente se derrumbó a continuación, muerto también.

—¡Con esto no logramos nada, comisario! —gritó Chris Miller—, ¡Sus hombres mueren asfixiados!

Kurt Simmons iba a decir que no podían hacer otra cosa que seguir disparando contra las condenadas burbujas, pero se quedó con la boca abierta, sin emitir sonido alguno.

El motivo no era otro que el comienzo de la transformación de los cuerpos de los tres policías muertos.

El comisario Simmons dejó de disparar.

Sus hombres, no menos atónitos que él, interrumpieron también los disparos.

Incluso Chris Miller y Brus Garrett dejaron de disparar, impresionados. Ellos dos habían presenciado la transformación de dos larvas gigantescas en seres humanos, pero no la de seres humanos en monstruosos gusanos, que era aún más escalofriante.

Diana Bolker era la única que había contemplado la mutación de las víctimas de aquella maldita sustancia viva. Presenció la transformación de los cadáveres de los Douglas, y sabía que ahora iba a ocurrir exactamente lo mismo que entonces.

Los cuerpos sin vida de los tres policías se convertirían en aterradoras orugas, nada ni nadie podría evitarlo.

Los otros cuatro agentes atrapados en el interior de las burbujas, habían perecido ya por falta de aire.

Ellos también se convertirían en larvas gigantes. El proceso de transformación dio comienzo.

Los cuerpos de los tres primeros policías que murieran

asfixiados en el interior de las burbujas, ya tenían una apariencia monstruosa, horripilante.

Las larvas estaban casi totalmente formadas.

Chris Miller, consciente del peligro que todos corrían si las horrorosas orugas salían de las burbujas, rugió:

—¡Ordene a sus hombres que disparen de nuevo, comisario! ¡Debemos acabar con esos horribles bichos antes de que abandonen las burbujas y se lancen sobre nosotros! ¡Son muy rápidos y peligrosos, pueden devorarnos a todos!

Kurt Simmons, con el rostro demacrado y una extraña expresión en sus dilatados ojos,

murmuró:

—Son mis hombres, Miller. No puedo matarlos...

—¡No son sus hombres, comisario! ¡Ellos murieron, asfixiados! ¡Lo único que podemos hacer por esos desgraciados, es devolver a sus cadáveres su aspecto normal!
¡Y sólo lo lograremos dando muerte a esas espantosas larvas!

—¡Miller tiene razón, comisario! —intervino Brus Garrett —, ¡Tenemos que acabar con esos animalotes!

—¡Hágales caso, se lo suplico! —dijo
Diana Bolker, presa del pánico. Kurt
Simmons asintió ligeramente con la
cabeza y ordenó:

—¡Disparad de nuevo, muchachos! ¡Destruid a todas las larvas gigantes antes de que salgan de las burbujas y nos ataquen!

Los ocho policías comenzaron a disparar.

El comisario Simmons, Chris Miller y Brus Garrett dispararon también.

Había tres larvas totalmente formadas ya, y daban rugidos en el interior de las burbujas, mientras mordían sus paredes, para abrir un boquete y abandonar las amarillentas esferas.

Las otras cuatro orugas estaban casi formadas.

Los disparos de rayos láser y rayos ultravioleta perforaron las paredes de las burbujas y alcanzaron a las monstruosas larvas, pero levemente, porque los rayos perdían casi toda su fuerza destructiva al traspasar las resistentes paredes de las amarillentas esferas.

Para complicar aún más las cosas, varios copos de aquella peligrosa sustancia aparecieron repetidamente en el cielo y se precipitaron sobre los cuerpos de los terrestres, quienes, atareados intentando acabar con las estremecedoras larvas, no se dieron cuenta de! peligro que corrían.

Por fortuna, Diana Bolker descubrió a tiempo la lluvia de

enormes copos amarillentos.
—¡Cuidado todos...! ¡Caen nuevos copos...! —advirtió, dando un tremendo salto.
—¡Salte, comisario! —gritó Chris Miller.
—¡Salten todos! —rugió Brus Garrett.
El comisario Simmons y seis de sus hombres consiguieron esquivar los copos que buscaban sus cuerpos, pero los otros dos agentes no saltaron con la suficiente rapidez, y dos de los copos cayeron sobre sus cabezas, envolviéndolos rápidamente.
—¡Ayudadles! —bramó Simmons—., ¡Quitadles esa maldita sustancia de encima!
—¡No, no lo hagan! —chilló Chris Miller—, ¡Es demasiado peligroso! Su aviso llegó tarde.
Dos de los policías ya estaban ayudando a sus compañeros. Y ocurrió lo que Chris se temía.
La viscosa sustancia envolvió también a los dos agentes que intentaban auxiliar a sus compañeros.
Era como si hubiesen caído cuatro copos sobre sus cuerpos, en vez de dos.
—¡Se lo advertí! —gritó Chris—. ¡Ahora son cuatro los hombres que están atrapados! El comisario Simmons, helado de espanto, aulló:
—¡Tenemos que salvarlos! ¡No podemos dejar que se formen las burbujas y mueran asfixiados

—¡Me temo que no podemos hacer nada por ellos, comisario! —repuso Miller.

—¡Cuidado, nos atacan las larvas gigantes! —advirtió Garrett.

—¡Y caen más copos! —chilló Diana Bolker, que había tomado a su cargo la vigilancia del cielo.

—¡Refugiémonos en la casa, comisario! —sugirió Chris Miller—. ¡No podemos seguir aquí afuera!

Kurt Simmons comprendió que Chris Miller tenía razón, y ordenó:

—¡Todos adentro!

Desgraciadamente no todos pudieron entrar en la casa de los Douglas.

Dos nuevos policías habían sido alcanzados por los copos de sustancia amarilla, y luchaban, tan desesperada como inútilmente, por librarse de ella.

La espesa y maloliente sustancia los envolvió con rapidez y empezó a hincharse, formando dos grandes burbujas.

Las otras cuatro burbujas estaban formadas ya, pero los infortunados agentes que habían quedado encerrados en ellas no encontraban la manera de perforar sus paredes.

Los seis hombres chillaban, aterrados, pues ahora ya sabían lo que iba a sucederles. En el interior de aquellas burbujas encontrarían la muerte, por asfixia, y sus cuerpos se transformarían en horripilantes larvas.

Y, hablando de larvas, las siete que ya estaban formadas habían logrado romper las paredes de las burbujas con sus poderosos colmillos y ya avanzaban rápidamente hacia la casa, tal y como advirtiera Brus Garrett.

Las orugas daban unos rugidos espantosos, poniendo la carne de gallina al comisario Simmons y los dos agentes que habían conseguido esquivar los temibles copos de sustancia

amarillenta.

Chris Miller, Brus Garrett y Diana Bolker también tenían miedo, naturalmente, pero un poco menos, por aquello de que ellos tres ya se las habían visto anteriormente con las monstruosas larvas, y sabían que podían ser combatidas y destruidas, disponiendo de las armas adecuadas.

Y, afortunadamente, disponían de ellas.

Claro que ahora había muchas más larvas gigantes que antes.

Nada menos que siete.

Y muy pronto habría seis más.

Chris Miller cerró velozmente la puerta.

Sabía que las larvas la derribarían, pero no podrían entrar todas a la vez por ella, sino una detrás de otra, y eso les permitiría defenderse mejor de ellas.

—¡Atrás, comisario! ¡Las orugas no tardarán en destrozar la puerta! ¡Tenemos que impedir que entren en la casa!

—¡Preparados, muchachos! —indicó Simmons, apuntando con su rifle hacia la puerta.

Los dos agentes le imitaron, esforzándose por vencer su terror. Chris Miller se dispuso a utilizar su pistola de rayos ultravioleta. Brus Garrett la pistola de rayos láser del comisario Simmons.

Tras ellos dos se encontraba Diana Bolker mirando la

puerta con los ojos muy abiertos. Los rugidos de las larvas se oían claramente dentro de la casa.

Las bestias atacaron la puerta, que cayó hecha pedazos.

Dos orugas intentaron penetrar en la casa, pero los rayos láser y ultravioleta cayeron sobre ellas, abrasando y destrozando sus enormes cabezas.

Los dos animalotes se desplomaron en la misma entrada, emitiendo unos terribles bramidos, angustiosos, agónicos, porque la muerte les iba a llegar en sólo unos segundos.

La parte inferior de la puerta quedó bloqueada por los gigantescos cuerpos del par de orugas abatidas, viéndose obligadas el resto de las larvas a saltar por encima de sus dos compañeras.

El comisario Simmons, los dos agentes, Chris Miller y Brus Garrett siguieron disparando, y las dos larvas que estaban pasando por encima de los cuerpos de sus compañeras muertas se vieron alcanzadas también por los rayos destructivos, derrumbándose entre rugidos de dolor y de muerte.

Quedaron sobre sus compañeras, bloqueando aún más la entrada de la casa, lo que dificultaba el paso de las otras larvas gigantes, al tiempo que favorecía la defensa de los terrestres.

Dos gusanos treparon por encima de los cadáveres de las cuatro larvas fulminadas por los rayos láser y ultravioleta, pero tampoco ellos consiguieron penetrar en la casa.

Fueron igualmente abatidos, aumentando con sus cuerpos muertos el bloqueo de la puerta.

No obstante, aún podían colarse nuevas larvas por la parte superior de la entrada, pues todavía quedaba espacio para ello, aunque les vendría un poco justo.

Dos gusanos lo intentaron.

El comisario Simmons y los dos agentes, con la ayuda de Chris Miller y Brus Garrett, se aprestaron a impedirlo.

En ese preciso instante, sin embargo, se escucharon unos tremendos rugidos a sus espaldas.

Se volvieron todos en el acto.

—¡Más larvas gigantes! —gritó Chris.
—¡Han debido colarse por la puerta del jardín! —adivinó Brus.
—¡Corramos hacia la escalera, rápido! —indicó Chris—, ¡Nos defenderemos mejor arriba!
—¡Buena idea, Miller! —aprobó Kurt Simmons.
Los cinco hombres y Diana Bolker se lanzaron hacia la escalera que conducía a la planta superior.
Las gigantescas orugas los persiguieron sin dejar de rugir.
Los terrestres alcanzaron la escalera y subieron a toda prisa por ella.
Cuando estuvieron los seis arriba, dispararon de nuevo contra los animalotes. Dos de ellos estaban trepando ya por la escalera.
Y con mucha rapidez.
Por desgracia para ellos, los rayos láser y ultravioleta cayeron sobre sus cabezas y sus alargados cuerpos, achicharrándolos.
Otras dos larvas intentaron trepar por la escalera, pasando por encima de los cadáveres de sus compañeras, pero corrieron idéntica suerte.
Habían muerto ya diez orugas gigantes.

Sólo quedaban tres con vida.
Estaban dentro de la casa, en el vestíbulo.
Hubiera sido más sensato huir, en vista del rotundo fracaso de su ataque, pero aquellos seres eran valientes, y se lanzaron hacia la escalera dando rugidos.
Una lluvia de rayos láser y ultravioleta los recibió, destrozando sus horribles cuerpos. Fue el fin de la terrible lucha.
Las trece larvas gigantes estaban muertas.
Y, ante el asombro del comisario Simmons y los dos agentes que quedaban con vida, los cuerpos de las larvas abatidas comenzaron a transformarse.

*
*
*

El proceso de mutación fue seguido con toda la atención del mundo por el grupo de terrestres, aunque para Chris Miller y Brus Garrett no suponía una novedad, como tampoco lo era para Diana Bolker.
Ellos habían visto cómo dos de aquellas monstruosas larvas se transformaban en los cuerpos sin vida de Alfred y Erika Douglas, así que no se sorprendieron tanto como el comisario Simmons y los dos agentes.

Muy poco tiempo después, no quedaba una sola oruga gigante muerta.

Lo que ahora yacía en la entrada de la casa, en el suelo del vestíbulo, y en la escalera que conducía al piso alto, eran los cadáveres de los trece policías que perecieran asfixiados en el interior de las burbujas amarillas.

Yacían completamente desnudos, con el horror plasmado en sus desencajados rostros, congestionados por la asfixia.

Era un espectáculo horrible.

Estremecedor.

Diana Bolker volvió la cabeza y se abrazó a Chris Miller, sollozando silenciosamente.

—Es espantoso, Chris...

Miller la estrechó contra su pecho, sin decir nada.

Era el comisario Simmons quien tenía que decir algo. Y lo dijo, visiblemente sobrecogido.

—Estaban ustedes en lo cierto, Miller. Fui un estúpido al no creerles.

—Probablemente nosotros, en su lugar, tampoco hubiéramos creído una historia tan fantástica —repuso Chris.

—Seguro que no —dijo Brus, para levantarle el ánimo al comisario jefe.

—Me siento responsable de la muerte de todos esos hombres. Nada menos que trece...

—Usted no tiene la culpa, comisario Simmons —repuso Chris—, Los únicos culpables son esos malditos seres llegados de algún lejano lugar del espacio sideral en esa condenada sustancia amarillenta. Hay que combatirlos y exterminarlos a todos. No sabemos cuántos son ni en cuántas regiones de nuestro planeta están llevando a cabo su invasión. Ojalá sólo

sea en ésta, porque eso significaría que no son muchos y será más fácil

destruirlos.
Kurt Simmons lo miró, conteniendo a duras penas las lágrimas.
—Si les hubiera creído desde el principio...
Brus Garrett le puso la mano en el hombro y se lo apretó amistosamente.
—No se atormente con ese pensamiento, comisario. Era muy difícil creer nuestra historia, todos estamos de acuerdo en eso. En lo que hay que pensar, es en dar la batalla a esos malditos copos amarillentos como ha dicho Miller. Una batalla seria y definitiva. Hay que acabar con la extraña vida que transportan, y que se manifiesta al caer sobre los cuerpos de seres vivientes.
Kurt Simmons hizo un esfuerzo por sobreponerse y asintió con la cabeza.
—Tienen ustedes razón, muchachos. Daremos la batalla a esos malditos copos amarillos. Avisaré ahora mismo al Ministerio de Defensa, y ellos se encargarán de exterminar a todos esos seres.

EPILOGO

El comisario Simmons habló con el Ministerio de Defensa desde la casa de los Douglas, consciente de que no podían salir de ella y subir en los helimóviles.

Lo más probable es que cayesen más copos amarillos, bien sobre sus cuerpos o sobre las hélices de los aparatos voladores, como ya ocurriera con el helimóvil de Chris Miller.

De haber llamado otra persona cualquiera, probablemente no le hubiesen creído en el Ministerio de Defensa, pero al comisario jefe de la policía de Atlanta sí le dieron crédito.

El Ministerio de Defensa movilizó inmediatamente sus fuerzas, y varias escuadrillas de naves dotadas de cañones de rayos láser volaron hacia la zona en donde se habían producido los fantásticos sucesos.

Y precisamente en ella, a gran altura, descubrieron una gran nube amarillenta, que se dio a la fuga en cuanto aparecieron las naves terrestres.

Las escuadrillas la persiguieron, haciendo funcionar sus cañones de rayos láser.

La extraña nube viviente, llegada de algún remoto lugar de la Vía Láctea, o tal vez de otra galaxia aún más lejana, no pudo resistir el terrible bombardeo de rayos láse, y comenzó a desintegrarse.

El cañoneo continuó hasta que no quedó ni rastro de la nube.

Después, las naves terrestres batieron una amplia área del espacio en busca de otras nubes similares, pero no

encontraron ninguna más, lo que hizo suponer al Ministerio de Defensa que no existían más nubes amarillas, transportadoras del aquel extraño tipo de vida.

No obstante, y para mayor seguridad, todo el planeta sería batido en días sucesivos. También la superficie fue batida por otro tipo de fuerzas militares en busca de larvas gigantescas, pero en el área en donde se habían producido los hechos, sólo encontraron los cuerpos sin vida de Ingrid Nichols y Sarah Truman, junto al río, tirados sobre la hierba, desnudos...

Los cuerpos amarillos que cayeran en ese lugar se habían desintegrado, incluido el que cayera sobre las hélices del helimóvil de Chris Miller.

También se habían desintegrado los que cayeran delante de la casa de los Douglas, según pudieron comprobar el comisario Simmons, los dos agentes, Chris, Brus y Diana, cuando salieron de ella, custodiados por fuerzas del Ministerio de Defensa.

Una semana después, se podía asegurar que sólo una nube amarillenta se había aproximado a la Tierra, transportando aquel extraño y peligroso tipo de vida.

Había terminado la batida del planeta, por tierra y por aire, sin que se hubiese detectado el menor rastro de la llamada invasión de las burbujas.

Una invasión que, afortunadamente, había comenzado y terminado en aquella región de Georgia, sin causar más muertes que las de Ingrid Nichols, Sarah Truman, los Douglas, y los trece policías.

No eran pocas, desde luego.

Pero, evidentemente, podían haber sido muchas más de no haber sido tan eficazmente combatida la invasión.

Y Chris Miller y Brus Garrett habían tenido mucho que ver en ello, según reconoció

públicamente el propio Ministerio de Defensa, que no dudó en conceder un par de medallas al valor a los dos amigos por su bravura y sentido de la responsabilidad.
Para Diana Bolker no hubo medalla, pero Chris Miller estaba dispuesto a compartir la suya con ella.
La medalla, y todo lo demás, según demostró al pedirle que se casara con él.
Diana aceptó su proposición y se unieron en matrimonio, siendo apadrinada la ceremonia por Brus Garrett, quien al término de la misma, y tras besar a la novia, dijo:
—Qué suerte tienes, Chris. Te llevas a la mejor chica de todas.
—¡Te has ganado otro beso, Brus! —exclamó Diana.
—Creo que por eso lo dijo, el muy zorro —opinó Chris, y se echó a reír. Brus y Diana unieron inmediatamente sus risas a las de Chris.

FIN